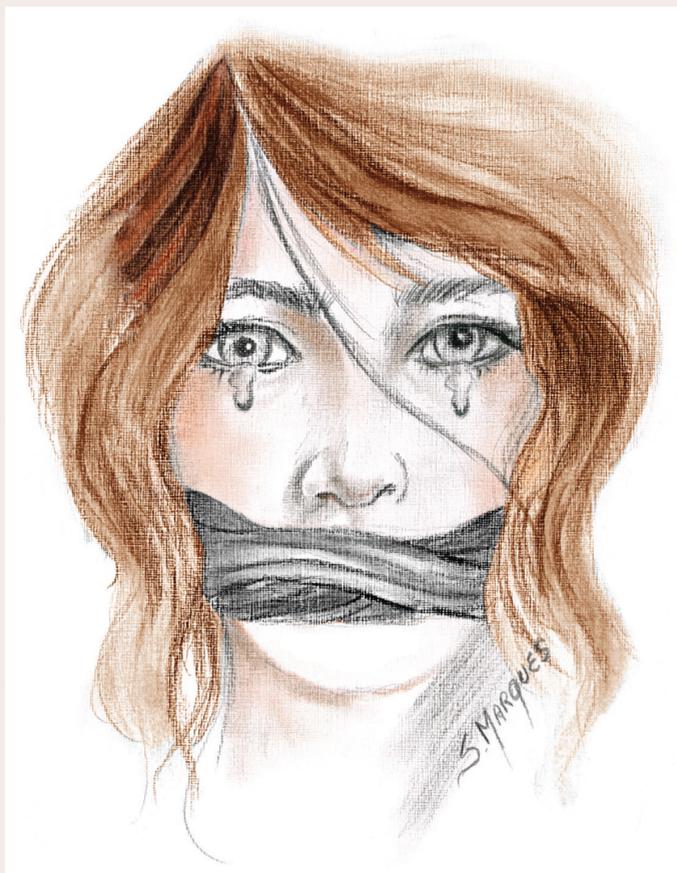


ENTRE EL MIEDO Y EL SILENCIO

Historias de mujeres... y de hombres

Katia Murrieta Wong





Entre el miedo y el silencio
(Historias de mujeres... y de hombres)

Katia Murrieta Wong
2019

UNIVERSIDAD ESPÍRITU SANTO

Km. 2,5 Vía a Samborondón - Ecuador

Teléfono: (593-4) 2835630

ceninv@uees.edu.ec

www.uees.edu.ec

Autora:

Katia Murrieta Wong

Editores:

Fernando Espinoza Fuentes

Alexandra Portalanza Chavarría

Coordinadora editorial:

Natascha Ortiz Yáñez

Cita en texto:

(Murrieta-Wong, 2019)

Referencia Bibliográfica:

Murrieta-Wong, K. (2019). Entre el miedo y el silencio. Historias de mujeres y de hombres. Universidad Espiritu Santo - Ecuador.

Portada:

Universidad Espiritu Santo

Diseño e impresión:

TRIBU Soluciones Integrales

Urdesa Norte Av. 2da. #315

Teléfono: (593-4) 2383926

ventas1@impgraficorp.net

Edición:

Primera, octubre 2019

ISBN-E:

978-9978-25-217-8

Derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización escrita de los editores.

CONTENIDO

<i>Dedicatoria</i>	1
<i>Agradecimiento</i>	3
<i>Prefacio</i>	5
<i>Homenaje a la mujer</i>	7
<i>Presentación de la Dra. Sonia Manzano</i>	11
<i>Análisis del Dr. Eduardo Peña</i>	15
<i>Análisis de la Dra. Martha Susana Álvarez</i>	17
<i>El Troglodita</i>	23
<i>El Del Machete</i>	29
<i>El Cínico</i>	33
<i>Cuarenta y Veinte</i>	37
<i>El Ausente</i>	43
<i>El Sicópata</i>	49
<i>El Macho</i>	53
<i>El Celópata</i>	57
<i>El Infiel</i>	65
<i>El Infeliz</i>	73
<i>El Depredador</i>	79
<i>El Alcohólico</i>	89
<i>El Padrastro</i>	95
<i>El Emigrante</i>	101
<i>Los Esclavos</i>	109
<i>Análisis de las causas y efectos de la violencia que se ejerce contra las mujeres en el ámbito familiar, educativo y laboral; y, medidas de prevención para erradicarlas</i>	113
<i>Conclusiones</i>	120
<i>Bibliografía</i>	123

DEDICATORIA

Dedico esta obra a todas las mujeres de la Tierra; pero, especialmente, a mis abuelas Irene y Anita, a mi madre Luzmila, a mis hermanas Celeste, May, Dalia, Margarita, Diana Patricia y Gina; y, a mi hija Katia. Son cuatro generaciones que, a su turno y circunstancia, vivieron y viven lo que significa ser mujer en nuestro mundo occidental. Y, a mi nieta Renata, para quien deseo que “ser mujer” no sea más un estigma, ni un sinónimo de sumisión y, mucho menos, de esclavitud de los prejuicios, de sometimiento y de violencia...

AGRADECIMIENTO

Mi gratitud eterna a la Universidad de Especialidades Espiritu Santo (UEES) por haber escogido esta obra con mucho entusiasmo y hacerla trascendente al público. Gracias a los señores Dr. Eduardo Peña Triviño, Dra. Sonia Manzano Vela y Escritora Martha Susana Alvarez, por sus generosas palabras de presentación; y, a la artista Sonia de Marques por sus ilustraciones para la portada y contraportada del libro.

Un reconocimiento muy especial a los hombres y mujeres que me confiaron sus historias, con la esperanza de que sirvan de espejo a los demás, para evitar que la violencia intrafamiliar continúe devorando víctimas.

Katia Murrieta

PREFACIO

“ENTRE EL MIEDO Y EL SILENCIO (HISTORIAS DE MUJERES... Y DE HOMBRES)” es una recopilación de cuentos basados todos en hechos extraídos de la vida real. Los acontecimientos narrados, que constituyen el objeto mismo de cada historia, sólo han sido modificados en lo que se refiere a lugares, situaciones y circunstancias, para evitar, naturalmente, la identificación de los personajes por sus coincidencias. Esas modificaciones son producto de nuestra imaginación, excepción hecha del perfil psicológico de cada uno de los protagonistas que, desde luego, se encuentran repetidos en una gran cantidad de seres humanos. La complicada y difícil relación de pareja se agrava por el atávico fenómeno de la agresividad y de la violencia, que nos llegan, a través de los códigos genéticos, desde remotos siglos. Estas pueden ser morigeradas por el entorno, pero, aún no hemos aprendido a hacerlo, ni padres, ni hijos, cada uno a su debido turno. Muchos podrán identificarse en estos relatos o ver un poco sus vidas como en un espejo. Nuestra aspiración es que no se sigan cometiendo los mismos errores que hacen que los agresores y sus seres queridos o más próximos lleven una existencia infernal. No sólo las mujeres sufren por estas causas, producto de su desconocimiento, inexperiencia, ingenuidad, temor y silencio; y, la gran mayoría, por falta de educación; también los hombres padecen por similares motivos, obviamente no en la misma proporción numérica con relación al conglomerado femenino. Por esta razón, al final, también incluimos sus historias, contadas desde su óptica y, por qué no, desde su sufrimiento. Al fin y al cabo, cuando dos personas unen sus existencias para formar una familia, en adelante, son dos, no uno solo.

Mi homenaje a la mujer en su Día Internacional

Hace casi un siglo, nació del propio sector femenino la idea de dedicar a la mujer un día en el año para conmemorar su lucha por la igualdad y desarrollo personal y también para decirle al mundo, en todas las edades, que es tan ser humano como el hombre, por tanto, con los mismos derechos que éste, como el de ejercer el sufragio, acceder a una formación profesional, administrar la cosa pública, tener las mismas oportunidades de trabajo y salarios que los varones; y a vivir en paz, libre de atavismos, de guerras y de violencia intrafamiliar.

El 8 de marzo de 1908 marcó el inicio sostenido de una gesta que todavía no termina. 146 mujeres trabajadoras murieron calcinadas en una fábrica, en Nueva York, víctimas de bombas incendiarias lanzadas por sus patronos que se negaban a reconocerles un justo jornal y a mantenerlas en condiciones salubres para realizar sus tareas. Ese fue el precio que ellas pagaron por haber protestado, en un acto de “osadía”, con pocos precedentes en la historia.

Y aquí estamos, un siglo más tarde, cantando la misma letanía, pero a un ritmo distinto. Ya podemos ir a las escuelas y formarnos, ser zapateras o astronautas. Ya podemos desarrollarnos y ser presidentas de la república.

Pero, aún restan discrimines odiosos y, sobre todo, el maltrato. La violencia no deja de visitarnos. El abandono de los hijos por parte de sus progenitores aún nos carga las espaldas. Hemos avanzado bastante, es cierto. Pero, el camino sigue siendo largo. A ratos, perdemos de vista el horizonte y parecería que tropezamos con un oasis en el desierto porque seguimos sedientas. Sedientas de paz y de justicia. ¡Cuántas mujeres son golpeadas, abandonadas, abusadas, explotadas, prostituidas, mutiladas, violadas, escarnecidas, empobrecidas, víctimas de las conflagraciones, de los holocaustos, que sobreviven con el alma sangrante, porque perdieron a sus hijos, sus maridos, sus padres, sus hermanos!

Aún llevamos siglos de injusticia planetaria sobre nuestros hombros. ¡Cuántas lágrimas han vaciado tantos ojos! ¡Cuánto sufrimiento! ¡Cuánto martirio! Sin embargo, la mujer ha sabido erguirse en cada embate y levantarse. Cada vez es menos la sumisa que todo lo tolera y todo lo soporta, con resignación de santo. Las féminas de hoy hemos sabido recoger la vendimia de lo que dejaron nuestras antecesoras.

Por ellas estamos aquí. Por todas las que nos precedieron, por todas sus tristezas, por todas sus cabezas tempranamente encanecidas. Y nos hallamos

unidas en el combate por la vigencia de los derechos que ya no nos pueden conculcar; por aquellas mujeres a las que rindo homenaje en este día, y por todas aquellas que han sabido, cada una desde su trinchera, defender sus derechos y los de las demás, con inteligencia, eficiencia y dedicación, en los respectivos campos en los que se desempeñan.

Esos son nuestros fusiles, esas son nuestras armas. Batallamos con ejemplo, amor y sacrificio. Y entregamos nuestros hijos a la patria. Como decía la poeta ecuatoriana Eulalia López Álvarez, estás ahí mujer “...para aventar la semilla y cosechar el trigo, para leudar el pan y escanciar el vino, para retacear el minuto y perennizar el siglo...”.

Porque los días de la mujer empiezan donde termina el ayer. Cada una en su parcela, la más humilde, en la madrugada, cuando aún afuera hace noche, soplando la leña para calentar el agua, para que no se vayan los niños a la escuela sin poner un mendrugo en el estómago, y colocando en la desgastada mochila el último trozo de lápiz para dibujar las vocales. Que no le pase lo que a ella, que debe doblar la espina dorsal hasta el cansancio para alimentar su prole. Ellas son como las pinceló Víctor Hugo cuando escribió: “... la mujer partió el pan en dos trozos y se los dio a los niños que lo comieron con avidez.- No tomó nada para ella, murmuró el sargento. –Porque no tiene hambre, dijo un soldado. –Porque es una madre, respondió el sargento...”.

Por ellas tenemos que seguir batallando. Por esas mujeres que mueren todos los días producto de la agresión de sus parejas o ex parejas, por esas mujeres que tienen que vender hasta el alma para llevar el pan a sus hijos; por esas mujeres que padecen frío, que se les hielan los huesos porque no tienen abrigo, porque no tienen techo.

Por ellas debemos vivir cada 8 de marzo un nuevo amanecer que presagie un mundo mejor.

Por eso, en honor a nuestras hermanas, en cuyas nobles almas hay un retazo de una Juana de Arco, de una Indira Ghandi y de una Madre Teresa de Calcuta, les decimos que continúen sembrando, porque muchas recogerán luego los frutos, que los surcos continúan abiertos, que muchas otras seguirán sus pasos, que sus sombras cobijan a las que vienen detrás, que las aguardan largos senderos, pero que, con sapiencia, tolerancia, ternura, inteligencia, capacitación, entrega y amor; seguirán dando al mundo los dones de su trabajo. Y que son solidarias con las que más necesitan, que no las olvidan, y que el compromiso es de acero e infinito.

Por eso, les decimos: ¡adelante! ¡No desmayen! Porque sabemos que la paz tendrá en ellas el mejor de los ejércitos para alcanzarla.

Porque ellas tienen, como dice de su madre Alberto Cortez, “... las manos tan llanas, que caben todas las cosas, y son sus ojos ventanas, ventanas llenas de rosas. Tienen la edad de lo eterno, desde lo eterno hasta ahora. Haciendo trampas al tiempo cambian los días por horas. Tienen la paz de los justos, inalterable a las penas, que nunca faltan, incluso cuando son penas ajenas...”

KATIA MURRIETA

08 03 2019

ENTRE EL MIEDO Y EL SILENCIO

(HISTORIAS DE MUJERES... Y DE HOMBRES)

Con un discurso fluido, claro y deliciosamente ameno, Katia Murrieta Wong nos entrega un conjunto de HISTORIAS DE MUJERES ... Y DE HOMBRES, obra con la cual esta notable jurista y mujer de cultura de brillante trayectoria, ingresa con luz propia y pisada firme en la narrativa ecuatoriana contemporánea, género tan provisto de prestigio literario desde ese hito memorable conocido como “Realismo de los treinta”, hasta la época que transcurre, en la que ocupa un sitio de bien ganada estelaridad la palabra convincente y valiente de la mujer escritora.

La pareja humana, marido y esposa, constituye la dupla protagonista de estas historias “basadas en hechos reales”, que están atravesadas por un mismo eje temático: el del “machismo a ultranza”, azote que desde tiempos inmemoriales ha flagelado en alma y cuerpo a la mujer colectiva, menoscabando, hasta límites inconcebibles, su autoestima y reduciéndola a la injusta condición de simple reproductora de la especie, de objeto sexual o de servidora a tiempo completo de “él”, su “dueño y señor”, el “macho” de la casa, aquel sujeto que tiene pleno derecho a patear puertas , gritar, proferir amenazas , agraviar sin ton ni son cuando se le ocurre que el código de convivencia que ha instaurado en su hogar ha sido inobservado por quien debería haberlo respetado “al pie de la letra”.

Con admirable conocimiento de causa, el vigoroso pulso creativo de Katia Murrieta ha focalizado los arquetipos más comunes del machismo histórico, verdaderos retratos hablados de seres patológicos, tales como el troglodita, el ausente, el infeliz, el alcohólico, el celópata, el infiel y más especímenes de esa misma laya, para llevarlos al plano de un lenguaje frontal y funcionalmente literario, el que, desnudo de eufemismos y rodeos innecesarios, muestra “las cicatrices imposibles de borrar” que los “machetazos” físicos y psicológicos, inferidos desde una voluntad “castigadora”, han dejado en la vulnerable y vulnerada humanidad de la sufrida, y por demás “aguantadora”, hembra de la especie.

Caracterizadas, en su casi totalidad, por una misma conducta de aceptación y resignación, generada por irracionalidades tales como la de un enfermizo amor de raíz masoquista, el temor a la soledad , a las críticas del convencionalismo social o, ya en el terreno de lo pragmático, por la zozobra que les produce el que ellas y sus hijos queden huérfanos del sustento económico del que día a día

los provee el “jefe del hogar”, las protagonistas de estos relatos, mujeres, en su mayoría de extracción media, algunas hasta con preparación académica, no difieren, en lo sustancial, a la hora de tomar partido por sus derechos de género, en renunciar a estos, cuando adoptan la misma actitud de la indígena de poncho que en el texto “El macho”, justifica los maltratos de los que está siendo despiadadamente objeto, bajo el insólito argumento de que: “aunque mate, aunque pegue, maridué”.

Saeteadas por dardos humorísticos de la mejor ley, en los atrapantes textos de Katia Murrieta, se fusionan, en calibradas dosis, los dos elementos imprescindibles de los dramas humanos: el llanto y la risa, aleación que tiene su mejor muestra en el texto titulado “Cuarenta y veinte”, en el que sale a relucir la capacidad descriptiva que posee la narradora para graficar, con pinceladas caricaturescas, el perfil de una heroína que no vacila en agredir a la amante de su cónyuge, para defender lo que ella considera de su exclusiva pertenencia, llegando, incluso, hasta a amenazar a su marido en convertirse en una virtual “Lorena Bobbit”, con todas las connotaciones castradoras que esto implica, de continuar su consorte cometiendo el feo y lujurioso pecado de la gula carnal.

Mujeres que esperan a que el marido “pródigo” que se ausentó en búsqueda de un nuevo amor, retorne arrepentido algún día al hogar; mujeres que sacrifican sus sueños de progreso y libertad, antes de atreverse a disolver, por vía legal, su unión matrimonial; mujeres que envejecen esperando a que su suerte de esposas, cuya abnegación amorosa fuera pobremente correspondida por sus compañeros de alcoba, cambie antes de que el zarpazo del tiempo las arranque de la vida; mujeres que se parcializan a favor del padrastro de sus hijos antes que por sus vástagos en sí, son, entre otras, las que desfilan por este repertorio de testimonios verbalizados con objetividad fidedigna por una perenne defensora de los derechos humanos, sin ningún distingo de género, la que por serlo cierra sus atrapantes narraciones con el texto “Los esclavos”, el que tiene la virtud de presentar la orilla opuesta del machismo, la que no es otra que la de un “hembrismo” no exento de visos de dureza, que aunque muy inferior en número y alcances nocivos a su antónimo correspondiente, deja en los Juzgados de la Niñez y la Adolescencia su secuela de víctimas, las que, sin que, a veces, les falte razón, expresan esto de: “¿Cómo es posible que haya leyes tan duras que se piense que nosotros los varones no tenemos sentimientos, que no queremos a nuestros hijos (...), que únicamente servimos para fabricar dinero y nada más?”.

Por los valores literarios, psicológicos y sociológicos que convergen en estas Historias de mujeres... y de hombres, las mismas se constituyen en un documento

de invaluable apoyo, no solo a las causas que luchan a favor de la mujer, sino también a aquellas que buscan la felicidad de la pareja humana, pues, como lo afirma la autora: “Cuando dos personas unen su existencia para formar una familia, en adelante son dos y no uno solo”.

DRA. SONIA MANZANO VELA

FEBRERO 2019

ENTRE EL MIEDO Y EL SILENCIO

(HISTORIAS DE MUJERES... Y DE HOMBRES)

La doctora Katia Murrieta nos regala este libro de quince cuentos que, nos lo dice en el prefacio, son “extraídos de la vida real”, aunque también son obra de ficción. Los he leído en un día, de un solo tirón. Están escritos en una prosa fácil y tersa, en lenguaje claro y, a veces, utiliza expresiones coloquiales para mejor entender. Todos tratan sobre la violencia que sufren las mujeres en la vida, pero sin truculencia. No hay asesinatos, porque la violencia está larvada y aparece como sevicia y también con golpes y palizas. Sus personajes femeninos son, en ocasiones, ingenuos, pero, siempre enamorados, hasta cuando sus maridos las tratan mal, o como en el caso de María Mercedes, en “El Troglodita”, que no puede entender por qué su marido, en la noche nupcial, la arrastró tirándola de los cabellos, habiéndolo soportado siete años; o, la pobre mujer de “El Cínico”, que es solo una esclava de su marido narcisista, que no la toca durante 20 años y a quien debe cocinarle, lavarle y plancharle la ropa. Ella va al siquiatra buscando ayuda para su marido. El profesional reflexiona en tercera persona diciendo: “¡La que necesita siquiatra es usted, mi buena señora!”. Son diferentes casos, situaciones de extrema necesidad, aún en recursos materiales, pero, en el fondo, siempre es el machismo, el abuso de la mujer, la explotación hecha por tantos maridos mantenidos, sinvergüenzas, que viven de sus mujeres porque éstas están cegadas por el amor. Ellas toleran y nos producen pena.

Los cuentos de Katia reflejan la realidad de nuestro país. Siempre vemos en la prensa a las mujeres protestando por falta de servicios públicos, defendiendo sus casas en solares invadidos, quejándose porque la autoridad cierra locales de tratamiento para drogadictos; siempre defendiendo a sus hijos, sufriendo humillaciones y escasez de todo. Ellas hacen cola para la atención médica y para obtener matrículas en los establecimientos educativos. Son unas leonas defendiendo a su prole, no les importa el frío ni la lluvia, ni el hambre, ni el maltrato de la autoridad o los guardianes. Están allí, constantes, valientes, desafiantes. Siempre me pregunto: ¿dónde están sus hombres, sus maridos, quienes las fecundaron y muchas veces las abandonaron, como en algunos de los cuentos de Katia? Parece que se trata de un matriarcado, pero solo para los trabajos, para los sacrificios. Esa violencia está denunciada en los cuentos. Pero el lector no es agredido con situaciones de violencia extrema, no hay asesinatos ni femicidios. Tal vez, es peor esa violencia que se sufre esperando al marido que llega borracho, con olor a perfume de otra, a golpear, a despreciar, porque la mujer perdió la lozanía y los encantos que encuentra en la “otra”. El señor bien

“servidito” que exige a su esclava que lo atienda y que le brinde placer.

No pueden faltar los personajes masculinos. Son la forzosa contrapartida de la relación amor-violencia. Katia los ha reunido en la síntesis de su último cuento, “Los Esclavos”. Son doce amigos que se quejan de la opresión de sus mujeres, de que les sacan hasta el último centavo en las pensiones alimenticias que deben a sus hijos, a quienes no pueden ver, de que sus mujeres han sido implacables en permitir visitas a horarios imposibles y, muy responsables de sus obligaciones, reclaman que los hijos necesitan la figura del padre para crecer sanos. Lacrimosos, medio borrachos, hasta que, en los párrafos finales, dos viudos se lamentan por la pérdida de sus bien escogidas esposas. Y estos parecen salvar la especie...y el amor.

Toda obra literaria permite ver el trasfondo del paisaje social en esa inevitable relación espacio-tiempo. Los cuentos de Katia nos permiten recordar cómo somos en los últimos años, no muy diferentes de los del siglo pasado, pero sí marcan un avance. Leyendo los relatos de Chávez Franco, y otros creadores, aparecen los prejuicios sociales de la primera mitad del siglo. La mujer soltera que tenía un hijo era despreciada hasta por sus propios padres y familias. Si carecía de oficio no podía ganarse honradamente la vida y era condenada a vivir del precio de su cuerpo. Esta situación, felizmente, ha cambiado, porque la sociedad acepta la existencia de “madres solteras”, que pueden ser mujeres con oficio o profesionales para mantenerse ellas y su prole. Sé de algunas que no quieren las cargas del matrimonio y prefieren el estatus de madres solteras, libres para vivir como quieran y criar a sus hijos.

Entretanto, en busca de más progresos en el trato de la mujer, los cuentos de Katia son un bien logrado testimonio de los últimos decenios.

DR. EDUARDO PEÑA TRIVIÑO

APROXIMACIÓN AL LIBRO
“ENTRE EL MIEDO Y EL SILENCIO”
(HISTORIAS DE MUJERES ... Y DE HOMBRES)

Estos relatos son un reflejo de la sociedad caótica de nuestros días, de la mujer que vive el proceso de la destrucción psicológica y física provocada por un sistema de repetición de antivalores.

La autora del libro tiene un encanto para narrar cada una de las historias interesantes que despiertan en el lector el deseo de seguir con la siguiente. Son reales, hechos significantes en la estructura social de nuestros días. Se podrían encajar en los cuentos negros o neopoliciales, donde subyace un problema social no resuelto por el estado o la sociedad. Algunos de estos relatos tienen un final abierto que la autora no concluye ¿Qué pasó después? ¿Qué sigue? Entonces, es la función del lector contemporáneo concluir con el después... propio del código de la cuentística negra.

La autora, humanista por vocación, se adentra en la cosmovisión de lo que significa la carencia de educación, donde, desde la cuna, generaciones de padres y sociedades como la indígena, tienen códigos de dominación patriarcal, existentes hasta nuestros días, y aceptados por la mujeres, que son ultrajadas por sus maridos, como un derecho propio de ellos, como patrones de conducta impuestos por las familias y repetidos por los hijos, y de la violencia intrafamiliar, que asoman como actitudes normales.

La autora del libro, al relatar con patetismo vibrante la informalidad sin límites de la personalidad explosiva, colérica y carente de valores espirituales, estima que es de vital importancia difundir este segmento de esta sociedad como testimonio de sus vivencias profesionales, cuando llega al centro de un problema público que plantea sucesos que pudieron pertenecer a muchas personas que han vivido y han silenciado su historia. Así, se trata de esclarecer la condición humana en el plano de la deshumanización por adolecer patologías expuestas en el mismo, que hacen daño a las personas más próximas, como su pareja o esposas, mencionadas en los relatos.

Katia Murrieta adquiere un compromiso de mujer a mujer conectándose con sus pares en busca de luz. Trata de iluminar la compleja situación del sufrimiento del maltrato y, a la vez, avizorar que la misma víctima tiene que preservar su vida con soluciones posibles y prontas, evitando las previsibles consecuencias: La mutilación de órganos y hasta la muerte.

El libro legitima el testimonio público, vasto y profundo, cuando conocemos las cifras elevadas de femicidios. Últimamente, el estado ya está planificando la vida libre de violencia. Se entiende que se requiere un cambio de los patrones de conducta socio-culturales, y que, dentro de la ley, debe ser integral, con sus respectivas responsabilidades. Es un problema que se debe enfrentar desde la familia, la escolaridad y las universidades, durante toda la vida, porque se trata de un aprendizaje. La clave que nos brinda la educación va hacia la igualdad de condiciones, de hombres y mujeres, debiendo erradicar los códigos culturales de la sociedad machista que se vive bajo la presión social permanente y que, a la vez, define que el hombre es el líder.

Los contenidos del libro se refieren a temas enfocados desde la psicología y la sociología, afrontando hechos completamente reales, como en “El troglodita”, que a través de sus personajes principales, María Mercedes y su esposo Fabricio, el relato se inicia con un color de rosa, pasando a tener un color y sabor de hiel. El cuento es costumbrista y refleja la sociedad económicamente pudiente, con personajes, alrededor, que disfrutaban de comodidad y elegancia y viven de la apariencia. Mas, la mujer, con un estilo de vida a la usanza antigua, es tristemente infeliz, en manos de un psicópata que la maltrata y ella soporta por el qué dirán, actitud poco digna de la mujer actual. El relato siguiente se titula “El machete”, utensilio de agricultura que, en este caso, se convierte en arma letal en manos del marido. La violencia se genera en el hogar a través del padre, mientras los hijos son observadores de su conducta desquiciada cuando le corta los dedos de su madre usando el machete. Esta conducta abusiva es parte de la naturalización de la violencia, como el uso del puñal en las calles. ¿Culpables?: La carencia de educación de los padres sin valores que pertenecen a un sistema social de pobreza y marginación, en el que crece una generación sin adecuadas orientaciones sobre el bien y el mal. En el cuento “El ausente”, la señora esposa del policía enfrenta una situación de crianza por parte de su madre, desvinculándose de la realidad, por cuanto, en su hogar paterno, el maltrato era normal, con el agravante, de que su esposo la había abandonado hacía 15 años y ella seguía viviendo un matrimonio que no existía.

El relato “El psicópata” finaliza con una pregunta muy humana sobre el personaje Estefanía, quien tenía la psiquis enferma por la crudeza y crueldad de parte de su pareja que la maltrataba a diario. Estefanía tenía sus padres donde refugiarse, los que le prodigaban amor y comprensión y, sin embargo, permitió que pasen 10 años maravillosos de su vida en silencio. Guardaba este secreto hasta que decidió que su familia debía conocer su terrible situación. Este

cuento pertenece a la Escuela del Realismo- Naturismo literario, por las escenas sumamente crueles que se describen.

En “El macho”, el relato es de tipo costumbrista, sobre los aborígenes de la sierra ecuatoriana, donde las mujeres están acostumbradas a que el marido las pegue y a tener los hijos que vengan. La mujer indígena crece y reproduce hijos bajo sus preceptos de que “marido es, que pegue no más”. Es una triste realidad por cuanto no se integran a la sociedad actual, por ser analfabetos y atávicos en sus costumbres. Es la sociedad patriarcal, donde domina la ignorancia.

En el cuento “El celópata”, se admira el profundo conocimiento de la autora de los lugares de Europa, donde se desarrolla el mismo. Menciona los monumentos, iglesias, gastronomía, albergues, recorrido de los trenes, que describe con deleite y nos transporta a recordar lo conocido y casi lo olvidado por el tiempo, con tanta nitidez como aquel que acaba de llegar de su gira y lo hace con frescura deslumbrante. Se refiere al personaje Daniel, el celoso que conlleva un alto grado de inseguridad al hostigar a Sofía todos los días, hasta que la voluntad divina puso fin a su tortura llevándose a la eternidad.

“El Infiel”: El hombre que es infiel va a serlo toda su vida, no cambia. Lapidario título del cuento que lo dice todo.

“El cínico” es la persona que se comporta mal sin avergonzarse ni disimular. ¿Usted, estimado lector, piensa que el cinismo es una virtud? En el caso mencionado, la esposa del cínico no advierte cómo pudo estar junto a él por 20 años. ¡Qué baja autoestima para aparentar armonía y felicidad ante la familia y la sociedad! El cínico es un ser despreciable y la mujer que lo soporta “la que necesita psiquiatra es usted, mi buena señora” dice la autora.

En “El depredador”, existe un dominio de la psicología humana en el rol de cada personaje, adentrándose hacia lo más íntimo de los sentimientos del padre, de la nueva madre y de su hija. El depredador termina apropiándose de una larga lista de objetos valiosos, abusando, una vez más, de la que fue su mujer.

Estos son breves comentarios sobre algunos de los relatos del libro. Coincidimos con la autora en que la vida es una ruleta rusa en la que todos participamos.

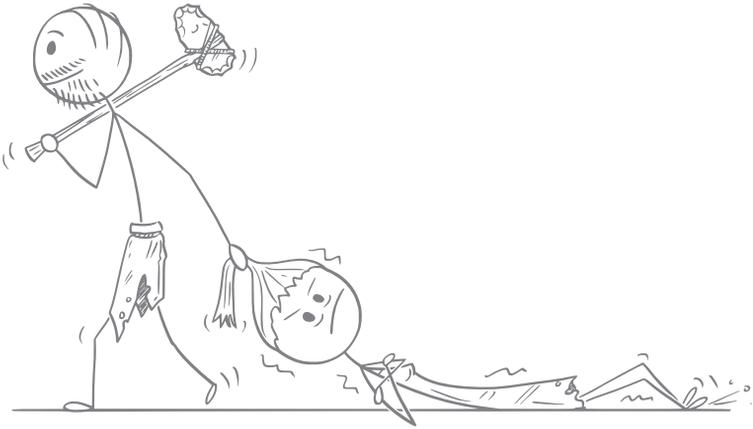
¡Bienvenido el libro testimonial de Katia Murrieta! No se trata de ficciones narrativas. Es vivencial, psicológico y de realismo social. En él se persigue la

construcción de un nuevo mundo dentro de cada mujer, para llegar a otro, fuera de ellas, despertando a un universo justo, en el cual se advierte que la mujer también tiene derecho a ser feliz.

DRA. MARTHA SUSANA ALVAREZ G.

ESCRITORA

1



El Troglodita

EL TROGLODITA

Tenía treinta años. Era bonita. Lucía la frescura de la juventud en su faz. Ya había alcanzado lo que los padres desean normalmente para sus hijos, una profesión que le permita producir y mantenerse por sí misma. Muchos pretendientes habían tocado a su puerta. Nadie había logrado introducirse en su corazón. Sin embargo, deseaba formar una familia que la haga lograr el sueño femenino: "Realizarse como mujer en la vida". Hasta que, cierto día, conoció a un hombre, no muy apuesto, Ingeniero Civil de profesión, pero, dueño de una labia capaz de impresionar a cualquiera. Para sus progenitores, no siendo ni blanco, ni rubio ni de ojos claros, no era necesariamente el príncipe azul que esperaban para su hija, pero, teniendo ellos una situación económica muy holgada, al ver al pretendiente llegar en un coche de lujo del año y ofrecer a su princesa un anillo de brillantes para que lo luzca antes del matrimonio, parecía, entonces, no ser un "mal partido". A don Juan, el padre, por supuesto, le "cayó" muy simpático. No obstante, a su mujer, doña María, no lo convenció mucho por eso del sexto sentido que tienen las féminas; pero, los viajes por venir, la mansión por adquirir, los trajes por lucir, los cruceros a los cuales ellos ya se apuntaban para acompañar a la pareja, como que hacían que lo que había intuido la madre se ensombreciese y cayese más o menos en el olvido. Entonces, la boda no tardó en llegar. Los ajeteos para el maravilloso día, con el que sueña tener la mayoría de las mujeres, no pararon en los casi tres meses que duraron los preparativos para el esperado acontecimiento. Llegado el momento, los largos trajes, confeccionados por el modisto de moda, la iglesia abarrotada de las más blancas y hermosas flores, con perfume de azahar, la cola del vestido de la novia, tan larga como la roja alfombra que iba desde la entrada al altar, portada por los pequeños, hijos de los parientes ricos; las damas, cada una más bella que la otra, desfilaban delante de las miradas muchas envidiosas y otras curiosas de los convidados. Desde luego, no pocos bostezaban ya después de la larga espera, mientras veían con cierta indiscreción al novio que iba en la comitiva, al lado de los ya suegros, de cara circunspecta. Todo había sido minuciosamente preparado para que sea el matrimonio del año. Después de las interminables sesiones de fotos hechas al borde del mar, cuidando siempre que la cansada joven no se enrede en la cola del vestido; la selección de los testigos, uno más encopetado que el otro, el encargo del champagne traído desde la mismísima Francia, la decoración del hotel, digno de una reina; los ensayos con el cortejo, los nuevos pasos de baile que tuvo que aprender para divertimento de los cientos de invitados que los esperarían ansiosos después de la ceremonia religiosa y ávidos de comenzar a degustar los exquisitos platos que habían escogido cuidadosamente para satisfacer a los más exigentes paladares,

así como la decoración de los salones, hicieron que María Mercedes ya no tuviera más aliento al llegar al lugar donde los esperaban parientes y amigos para abrazarla y desearle toda suerte de venturas. Atrás, quedaron los últimos videos, selfies y fotografías, esta vez ya con el novio y la familia política y unos cuantos allegados; el sermón del sacerdote –el más cotizado de esos días- que habló de las Bodas de Canán, las lágrimas de su madre, que no pudo reprimir al último minuto de la homilía, la carroza halada por cuatro caballos, de esas que se usaban en el Guayaquil antiguo, pero no para trasladar a futuros contrayentes; en fin, todo eso ya era parte del pasado. Su presente estaba ahora en los múltiples besos y felicitaciones de quienes darían testimonio del fasto derramado en esta mágica fiesta, porque todo parecía calcado de un cuento de hadas. En esos pensamientos estaba sumida cuando sintió que un abrazo la envolvía invitándola a iniciar el baile. Encaramada sobre los altísimos tacones, que, un poquito más y parecían zancos, ya le resultaba muy difícil hilar algún compás. Mientras, la orquesta emitía ensordecedores sonidos que impedían escucharse los unos a los otros, pero sin llegar a ser un óbice para divertirse a lo grande, sobre todo a aquellos que venían a mesa puesta. Llegada la madrugada, habiendo echado el ramo para atrás y cortado la bellísima torta de veinte pisos, al fin pudo la pareja escaparse del torbellino que danzaba al son de la estridencia y con algunos “tragos” encima. Desde luego, no se podía desaprovechar la ocasión. No todos los días uno puede servirse esas “exquisiteces” y “delicatessen”, ni saborear el vino blanco de cava con sus interminables burbujas. La carroza de los cuatro caballos estaba ahí, fielmente, esperándolos, para conducirlos a la nueva residencia que sería el hogar; dulce hogar. El personal de servicio ya se había retirado, de tal manera que, lejos del bullicio, María Mercedes tendría su primera noche nupcial en la mansión que había sido adquirida por Fabricio para albergar a quienes serían “su” mujer y sus hijos...

No mucho tiempo después de haber ingresado, de pronto, un alarido que nadie escuchó rompió la quietud de la noche. Fabricio había agarrado a la flamante novia del cabello, y la arrastraba por toda la casa, con lo que su borracho cuerpo pudo, como inspirado en los trogloditas que nos enseñan las estampas rupestres de la edad de piedra, y, cuando jadeante no pudo más, la soltó y cayó como desvanecido sobre el primer mueble Luis XV que encontró. Un zapato lanzado sin puntería rompió un fino florero de cristal de Bohemia y los pétalos de las hermosas rosas cayeron sin ruido sobre la novísima e inocente alfombra persa...

María Mercedes, aterrorizada en una esquina y sin moverse, no lo podía creer. Del sueño de encanto había pasado a la peor de sus más crueles pesadillas. Y,

para colmo, estaba despierta. La frente se le puso roja y la hinchazón comenzó a apoderarse de su lindo rostro. Cómo explicarle a sus padres que no podría acudir al almuerzo programado para las doce de ese día, en que debían despedirse para emprender el viaje de la ansiada luna de miel?

No hubo luna de miel. Pero, sí un niño que bebió de la hiel de su madre fabricada por su padre.

Desde aquella noche, ya han pasado siete largos años, y todavía, María Mercedes, quien a nadie ha confesado su desdicha, continúa con “su” Fabricio a cuestras....

2



El del Machete

EL DEL MACHETE

Eran como las diez de la noche. Nunca había estado en un lugar así, pensaba. Trataba de olvidar lo ocurrido, pero, el dolor que sentía en la mano no se lo permitía. Era demasiado agudo y punzante como para ignorarlo. Que, ¿cómo fue?, le preguntó su patrona, sacándola del ensimismamiento. Sí, Teresa, dime, ¿qué fue lo que ocurrió? ¿Cómo es que casi pierdes el dedo medio de la mano? El médico dijo que si hubiésemos tardado un poco más en llegar, hubieran tenido que amputarlo totalmente... Ah, señorita, no, para qué se lo voy a contar. Lo importante es que esos doctores me salvaron la mano. Sí, respondió la señora, pero tú no puedes continuar con ese hombre que te masacra desde que te conoció. Dejaste abandonados a tus hijos en la calle, muy pequeños los tres, en Esmeraldas, y viniste a Guayaquil, siguiéndolo. Y, desde entonces, según tú misma has contado, no ha hecho otra cosa que maltratarte, la mayoría de las veces con el canto del machete y ahora casi te cercena la mano... No puedo entender. Siempre llegas con las huellas de los golpes en el cuerpo. Son ya diez años, si no son los ojos morados, son los brazos, las piernas, la cabeza, ¿por qué? Y el niño, el que tuviste con él, sigue siendo el mudo testigo de los maltratos... Sí, señorita, yo lo sé. Le prometo que tan pronto como me den el alta en esta clínica, lo dejaré. Ya estoy harta de que me maltrate, nada hago bien, según él, no quiere que hable con mi familia, yo le digo que es un egoísta y no quiere entender. Es un negro bruto... No dijo más. Cayó bajo el sopor de los medicamentos. Su patrona salió sin hacer ruido. Mañana amanecerá mejor, pensó... Y Teresa pasó la negra noche en la clínica hasta que despuntó el alba. Vinieron las enfermeras, los médicos, todos vestidos con sus impecables trajes blancos, quizás no entendían estas cosas de negros, reflexionaba al verlos ir y venir, con sus guantes, las pinzas, las vendas, las pócimas, las gasas, los desinfectantes, el olor a éter y más... Realmente, no había nada de qué alarmarse. Había sido una noche más de cervezas. Eso era todo. Su patrona era muy buena, pero no iba a dejar a su marido en la casita de caña que había comprado a Hogar de Cristo, porque, claro, él no se iba a ir nunca de ahí, con su televisor, aunque ella había sido la que se había amanecido muchas veces cuidando el terreno para que el traficante de tierras se lo "venda" y se lo deje a buen precio, que había pagado con el sueldo que ganaba con su patrona, para quien cocinaba todos los días. Por supuesto que no había servicios básicos, pero eso era lo de menos. Ahí había parado su vivienda y eso era bastante. Eran épocas de elecciones, y ya habían pasado por el barrio muchos políticos ofreciendo el oro y el moro, de tal suerte que el agua, la luz, los teléfonos, el relleno, el alcantarillado, los bordillos para las aceras, las escuelas, los mercados, todo eso se los habían prometido. A cambio del voto que, a su vez,

les habían pedido, les habían dado unas cuantas fundas de arroz y de avena, que se las fueron aventando desde unas camionetas; y, unas camisetas y unas gorras, con los nombres de los candidatos y los números de las listas, para que no los olviden el día de la votación... Entonces, la que tenía que irse era ella, porque a él nadie lo iba a sacar. Además, todos sabían en la vecindad que él era “mala gente” y que podía matar a cualquiera sin ningún problema, de tal modo que nadie iba a decirle ni una sola palabra ni nadie iba a atreverse a defenderla. Pero, ¿adónde iba a ir? Aquí, no tenía ningún familiar. ¿Y la plata para el pasaje, y la comida? ¿Y el niño? El no se iba a hacer cargo. No. Claro que no. No soportaba oírlo llorar, y lo hacía callar a punta de golpes. ¿Y ella, cómo lo iba a mantener si dejaba el trabajo?

En eso estaba pensando, cuando sintió la mano suave de su patrona posarse sobre su brazo. Hola, le dijo. ¿Cómo amaneciste? Mucho mejor, respondió. Me dijeron que hoy podía volver a mi casa, agregó. ¿Y qué has pensado hacer? ¿Vas a dejar a ese individuo abusador? ¿No quieres separarte? Inquirió la patrona. Se tapó la cara con la mano que no estaba vendada y contestó: La verdad, la verdad, señorita, es que yo soy la culpable. Estábamos bebiendo cerveza y yo fui la que comenzó la pelea. Además, más vale malo conocido que bueno por conocer. ¿Qué quiere? A lo mejor, si me busco otro hombre, va a salir igual o peor que éste...

Hoy, el niño es ya un joven, que va por la tercera mujer. Las otras dos lograron huir antes de que las mate....

3



El Cínico

Usted no me va a creer lo que le voy a contar, me dijo por teléfono. Era una señora, de aproximadamente una cincuentena, a cuyo cónyuge –de más o menos la misma edad- conocía por haberme asesorado en temas de medio ambiente. Mi marido no me toca desde hace unos veinte años, comenzó diciendo. Vivimos en cuartos separados, como si fuésemos hermanos. Eso sí, juntos acudimos del brazo a los compromisos sociales, como matrimonios, aniversarios, primeras comuniones y otros eventos más.

Los domingos nunca fallamos a la misa de las ocho y vamos cogidos de la mano, como si fuésemos enamorados. Ah, debo agregar que a él no le gusta que la empleada le haga su comida. Esa se la preparo y se la sirvo yo. Para él, ninguna como la mía, enfatizó orgullosa. Y también la ropa, agregó, como que si esto era tan importante como lo primero. El no acepta que se la lave y planche la lavandera. Siempre tengo que ser yo quien se ocupe de sus cosas. Cuando llega del trabajo, tarde en la noche, todo debe estar listo para que se duche y tome su cena. En esto es muy puntual. Sin embargo, yo no sé qué es lo que le pasa. No comprendo por qué no llevamos una vida conyugal completa. Es decir, no tenemos ninguna otra relación que no sea la que parece fraterna. Él es totalmente frío conmigo, peor que un helado de vainilla. Ya no oso siquiera darle los buenos días o buenas noches con un inocente beso en la frente, porque antes de que llegue a acercarme a una distancia del metro y medio siento que con su mirada me aleja como si tuviese un repelente digno de un film de Batman o algo así... No tenemos hijos. Nunca quiso tenerlos... ¿Para qué?, decía. Eso es una esclavitud. Nosotros ya no estamos para criar a nadie. Todo mi sacrificio en mi trabajo no sería más que para mantenerlos. ¿Y si salen ingratos? ¿De qué habrían servido las malas noches y los desvelos y los gastos, cada vez más crecientes, que demandan los chicos? ¿NO ENTIENDES QUE NO NOS SERVIRÍAN PARA NADA, SINO PARA HACERNOS MAS VIEJOS Y ARRUGADOS?????????.

Y el tono de voz iba creciendo a medida que se iba imaginando que los hijos sólo serían una carga para él y nada más. Porque, escúcheme bien, se cuida la cara como que si fuese un Adonis. Se pone mis cremas temprano en la mañana, después de bañarse, y, antes de acostarse. El rostro, suele repetir hasta el cansancio, debe reflejar una buena salud, porque se debe lucir joven toda la vida. ¡Nada debe estropearlo! ¡Ni el sol, ni el viento, ni el agua, menos los hijos que con las preocupaciones que dan te hacen encanecer y envejecer antes de tiempo! ...He tratado de convencerlo y de convencerme a mí misma de que necesita ayuda, pero no lo acepta. No cree que le pase algo. Para él toda esta situación es muy normal. Pero no para mí. De qué me sirve que me dé para comprar la comida y lo

que se requiere en la casa, si yo no soy más que un objeto útil para algo en algún momento y luego se lo tira cuando ya no se lo necesita, añadió la mujer con tono triste, casi desesperado, a punto de romper en lágrimas... Después de ese largo monólogo y aprovechando ese pequeño silencio, me atreví a preguntarle: Pero, ¿usted no cree que aquí, en su circunstancia, lo que falta es amor? ¿Que aquello que le juró ser eterno hace mucho tiempo se acabó para siempre hace veinte años, esos veinte que dice usted que ya no la toca?... Tomé un poco de aliento para continuar, pero, no pude seguir con mi reflexión porque sentí que se puso como un caballo encabritado al otro lado de la línea. Noo, me espetó, de ninguna manera. No es eso. Eso no puedo aceptarlo. Yo lo he llevado al sicólogo, al siquiatra, cuando a regañadientes ha accedido, y lo que dijo el último galeno que lo vio, luego de escucharme, porque mi marido no dijo una sola palabra, –acentuando mucho el mí y el marido– fue que él era un CÍNICO...

Entonces, para poder cerrar la comunicación, porque me di cuenta de que ese era un caso perdido, y debía atender los otros teléfonos que sonaban insistentemente, le dije adiós a la mujer, pensando para mí: ¡La que necesita siquiatra es usted, mi buena señora!

4



Cuarenta y Veinte

CUARENTA Y VEINTE

“Cuarenta y veinte,

Mentiras son todas mentiras

Cosas que dice la gente.

Decir que este amor es prohibido

Que tengo 40 y tú 20

Que yo soy otoño en tu vida

Y tú eres dulce primavera

No saben que guardo un verano

Que cuando te miro te quema...”

“Cuarenta y veinte”, la canción de moda de José José, le resonaba en el cráneo como si fueran olas de un encabritado mar que las rompía con furia al aproximarse a la playa. Y es que, claro, él estaba en los 40, y la Dulcinea de sus desvelos sólo frisaba los 20. Alta, delgada, esbelta, labios carnosos y sensuales, de sonreír coquetón, cuerpo de guitarra, era como para volver loco a cualquier hombre, se decía. En cambio su mujer, que se había vuelto regordeta con el tiempo, y sólo hablaba de las travesuras de los chicos, que lo atiborraba de quejas cuando llegaba a la casa cansado, después de tanto trabajar, que le reclamaba por las planillas pendientes de pago, que el dinero no le alcanzaba para nada, que los niños iban mal en la escuela, que su rendimiento era escaso, que no obedecían, que no vino la empleada, que se dañó la cocina, que se acabó el gas, que la costurera no quiere entregar los uniformes que los chicos necesitan para la fiesta de la escuela porque no se le ha pagado, que el techo tiene goteras y, como es invierno, la casa se llena de agua, que se han dañado los colchones, que la perrita está enferma, que no hay plata para llevarla al veterinario, que los niños no pueden rendir sus exámenes porque no se han cancelado las pensiones en el colegio, que, que, que...; en fin, toda una perorata que hacía que, llegado el momento, en vez de golpear a la mujer, como le gustaría, para callarla de una vez por todas, porque sólo le habla de problemas domésticos y le reclama por todo, como en botica, prefiere salir, irse de la casa, llamar a Carla por teléfono e invitarla a cenar y luego a bailar. No importaba cuánto iba a gastar; total, las deudas

podían esperar... Con ella, era todo tan distinto, sólo risas, juegos, diversión, nada de responsabilidades, menos de quejas y obligaciones... Lamentablemente, en el trabajo, ya muchos se habían dado cuenta de que entre estos dos compañeros había un romance secreto. Y, por supuesto, los susurros y murmullos empezaban desde que ellos llegaban a la oficina hasta que se marchaban. Los más osados empezaban a tararear la ya famosa canción de José José, y esa era como la señal de que uno de ellos venía o andaba por ahí. Naturalmente, que para los hombres, Carla era más o menos lo que a cada uno le hubiese gustado tener como amante. Lo malo es que no se fijó en ninguno de ellos sino en éste que, para colmo, era casado. Lo peor de todo es que la noticia ya había llegado a la “regordeta” y ésta, después de derramar cubos de lágrimas, de armarle el escándalo cuando se enteró, de tal forma que los chicos corrieron por todos lados sin saber qué hacer ante tanto grito, y que las vecinas sacaran sus cabezas por los huecos de las ventanas para escuchar mejor lo que estaba ocurriendo, -por lo que todo el barrio se enteró en la misma noche, ya que Radio Bemba se puso a funcionar de inmediato-, recuperó aliento y se dedicó a tramar su venganza.

Al día siguiente, desempolvó sus mejores galas, como que si se iba a una fiesta, se compró unos zapatos con unos tacones bastante altos para disimular un poco su baja estatura, se ajustó y reajustó el vestido negro, que la hacía lucir un poquito menos gorda, remplazó los rulos por una melena un tanto lacia, se acicaló el rostro lo que más pudo, cogió la cartera más grande que encontró en el ropero, la llenó de objetos pesados, tomó un taxi y se dirigió al lugar donde prestaba sus servicios, como contador, su marido. Previamente, hizo una llamada a la “amiga” que la había puesto al tanto de todo y se cercioró de que ambos, Carla y el infiel, estaban ahí. Eran más o menos las once de la mañana. Llegó, con el corazón que batía a mil por segundo, la presión alta, azorada, colorada, sudando, apenas manteniéndose en pie en los altos tacones a los cuales no estaba acostumbrada, la cartera colgándole del hombro derecho, y, saltándose a la recepcionista, que no pudo impedir su ingreso, entró rápidamente, caminó los cinco metros que la separaban de la puerta del despacho de Rodrigo, la abrió de un solo empujón, dejando atónitos al de cuarenta y a la de veinte, que no podían creer lo que estaban viendo o, peor, viviendo.

Carla reaccionó metiéndose por la primera puerta que encontró a su paso, es decir, la del baño, que estaba dentro de la propia oficina, y, ahora sí, frente a frente, la mujer en la silla, escuchando al individuo que, desde su sillón, trataba de explicarle lo inexplicable. Pasaron una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho horas, y el escenario no se movía. Rodrigo ya no tenía palabras para convencer a

su mujer de que se vaya, que todo eran chismes y malentendidos, que nada tenía él que hacer con Carla, que ella era una secretaria más de las que laboraban en la empresa, que le estaba ocasionando un daño terrible, que podía perder el empleo, que los primeros perjudicados iban a ser los niños, que vuelva a la casa y que allá seguirían hablando, que mire que ya eran las nueve de la noche, que ya todo el mundo se había ido seguramente, porque el horario de atención es hasta las seis, y que solamente estaban los tres en el piso. Rosalía no escuchaba nada. Lo único que quería hacer era caerle a “carterazo limpio” a la “infeliz” mujer que se había atrevido a meterse con su marido y darle el escarmiento que merecía, para que lo deje en paz, como que si la infidelidad fuese cosa de uno solo. Ya el soliloquio de Rodrigo se había terminado. Ya no tenía más palabras que decir para convencer a la mujer de que se vaya. En el ambiente se sentía un pesado silencio. Sólo a mí me ocurren estas cosas pensaba Rodrigo para sí. Y, ahora, qué iba a hacer con esta testaruda mujer. Y la otra, encerrada en el baño, sin poder salir, sin agua y sin comida los tres. De pronto, ya como las diez, se abrió la puerta del baño y Carla salió corriendo, y, detrás de ella, Rosalía tratando de alcanzarla, blandiendo la pesada cartera negra que había llevado para golpearla una y otra vez, hasta que la perdió en las escaleras, debido a que no podía correr tan rápido como la otra, a costa de los zapatos con los que ni siquiera podía caminar, menos correr y bajar los escalones.

Rodrigo, después de la impavidez que lo invadió, al ver, primero a Carla salir en estampida, y, luego, a su mujer levantarse precipitadamente y correr tras ella, emprendió la carrera siguiéndolas, y, al llegar a la acera, sólo encontró a Rosalía bañada en llanto. Ya en la casa, los dos solos en el cuarto, ella, mirándolo con los ojos rojos, inyectados, hinchados, en tono amenazante, le dijo: Si yo vuelvo a saber que andas con esa mujerzuela, viejo ridículo, te juro que te cortaré el pene así como la Bobbit le hizo a su marido. No me temblará la mano en hacerlo. Y tampoco me importará ir a la cárcel. Desde entonces, Rodrigo no pudo dormir nunca más tranquilo. A cada rato, se despertaba a sobresaltos y lo primero que hacía era verificar si su miembro viril estaba intacto. Muchas veces se decía –pero, vale la pena mencionar, que lo hacía sin llegar al arrepentimiento– que creía que esto era el peor suplicio que le podía ocurrir a un hombre. No podía concebir que, en lugar de aquello que lo había hecho sentir feliz tantas veces le sea permutado por un simple apósito. No, no era posible... Una mañana, se levantó, como de costumbre, a las seis, y se fue a comprar el pan y el periódico. Llegaron las seis y media, las siete, siete y media, ocho, y Rodrigo no volvía. Rosalía empezó a inquietarse cada vez más y comenzó a decir, hablando en voz alta: No puede ser. ¿Le habrá pasado algo? ¿Lo habrán asaltado? ¿Lo habrán secuestrado? ¿Lo

habrá atropellado un carro? ¿Le habrá dado un ataque cardiaco en el camino? ¿Lo...? Con ese sexto sentido que tienen bien desarrollado las mujeres, empezó a intuir algo. Fue al closet, donde guardaba la ropa su marido, y sólo encontró los armadores que, vacíos, bailaron con el aire que los sacudió al abrirse la puerta de sopetón. Entonces, la mujer no pudo más, lanzó un grito y se desmayó. Al escuchar el grito y el golpe seco contra el suelo, Raúl, el hijo mayor de la pareja, entró a la habitación y vio a su madre acostada, cuan larga era, tirada en el piso, las piernas abiertas y los ojos cerrados. Se asustó mucho, empezó a gritar, a llamar a su papá, que no aparecía, cogió el celular de su mamá, lo llamó y le dijo: “Papá, ven pronto, que mi mamá está desmayada en el suelo”. “Échale un balde de agua fría en la cara” fue la fría respuesta y cerró la comunicación.... El chico se quedó con esta frase en la memoria, sin saber qué hacer, y para siempre, y, también con la pregunta de por qué, al contestar su padre el teléfono, alcanzó a escuchar:

“Cuarenta y veinte,

Mentiras son todas mentiras

Cosas que dice la gente.

Decir que este amor es prohibido

Que tengo 40 y tú 20

Que yo soy otoño en tu vida

Y tú eres dulce primavera

No saben que guardo un verano

Que cuando te miro te quema...”

5



El Ausente

EL AUSENTE

María había soñado siempre con tener su casita propia, que signifique un techo seguro para sus vástagos. Vivía en el Guasmo Sur de la ciudad de Guayaquil, y alquilaba una pieza, en la cual apenas cabían ella y sus tres hijos, de 19, 17 y 15 años, respectivamente, dos varones y una niña. Había tenido que luchar duramente para darles una educación. Trabajaba como portera en una escuela, y, con lo poco que ganaba, pudo salir adelante con ellos. Se ayudaba, además, cosiendo en los fines de semana para las familias del barrio, vestidos, faldas, blusas, uniformes y todo cuanto le solicitaran y sus pulmones pudiesen aguantar; usando la vieja máquina marca Singer, de pedal, que heredó de su mamá, quien, a su vez, también había sido costurera.

Se había casado muy joven con un policía que era de la Sierra, que la maltrataba constantemente, hasta que, un buen día, desapareció y no volvió nunca más. A pesar de los golpes, era su marido y lo extrañaba. Lo propio, los niños, quienes crecieron sin la figura paterna. El se fue tan pronto como nació la bebé. Cuando estaba embarazada le dijo que deseaba tener otro varón. Que no le gustaría que fuese mujer. Para María, esto no tenía importancia, y mejor todavía si salía hembra, porque las mujercitas son más de la casa, le había dicho muy a menudo su madre, mientras que los hombres son de la calle. Además, éstas son más fáciles de criar. Los varones son más rebeldes, no obedecen, tienen el carácter fuerte y dan muchos más problemas en el colegio que las chicas, decía también su abuela. Al fin y al cabo, pensaba ella, será lo que Dios quiera. Y así fue y él se fue. Buscó a su marido en todas partes, fue al Cuartel Modelo, preguntó por él, nadie quería “darle razón”, hasta que le informaron que le habían dado el pase a la Sierra. ¿A la Sierra? ¿Adónde? Quiso averiguar con su familia, pero siempre le dijeron que no sabían dónde se encontraba. Y así pasaron los años, al tiempo que los niños iban creciendo, y, constantemente, soñaba que, algún día, en algún momento, él regrese. Y se ponía a recordar cómo le limpiaba las botas hasta dejárselas relucientes, las camisas bien almidonadas debían estar muy bien planchadas e impecablemente blancas, tenerle la comida preparada aunque no hubiese dejado un solo centavo, y, callar; callar y para la eternidad lo que él le hacía. Cuando la ropa no estaba como él quería, la insultaba con los peores epítetos, la gritaba y, si osaba querer decir algo, la pateaba y la golpeaba, no importaba dónde, o que estuviera encinta, y que los puntapiés cayesen sobre el vientre, delante de los crios, que miraban aterrorizados lo que tenía que soportar.

Y siempre lo soportó en silencio. No quería que nadie supiese lo que le acontecía. Al fin y al cabo, son cosas de marido y mujer, pensaba. Su madre

también había padecido igual suerte. Ella había sido testigo de lo que había sufrido. También sin decirlo. Sólo las cuatro paredes vieron y oyeron lo que ocurría casa adentro. Y sus hermanos, que tenían prohibido hablar sobre lo que sucedía en la casa, tampoco lo comunicaron nunca a nadie. La amenaza que pesaba sobre ellos era terrible. Los maltratos podían quintuplicarse para todos. Además, su madre solía decir que las mujeres tenían que obedecer y seguir al marido, donde quiera que éste vaya, que él era el jefe de la casa, quien disponía de todo lo que había que hacer y cómo tenían que desenvolver sus vidas. Ahí no había discusión de ninguna especie... El pito de un camión la sacó de sus recuerdos. Se me hace tarde, pensó. Tengo que ir al Banco de la Vivienda, porque quisiera “sacarme” una casita. Así, si algo me pasa, mis hijos no tendrían que quedarse en la calle. Se vistió rápidamente y se fue a ver cómo había que hacer para realizar sus deseos. Con mucha dificultad llegó al lugar, que quedaba al sur de la ciudad. Luego de hacer una larga cola, pudo informarse de los requisitos que debía cumplir para acceder al plan de vivienda barato. Debía llenar un formulario y presentar los documentos exigidos. Fueron días de ir y volver. Nunca pensó que sería tan complicado. Debía madrugar para poder alcanzar un cupo. Hasta que, meses más tarde, al fin, le dijeron que su solicitud había sido aprobada, que debía hacer el pago de una determinada cantidad de suces y acudir a la notaría que había sido seleccionada para instrumentar la compra de su vivienda, con hipoteca. No sabía cómo exteriorizar su alegría. Pronto iba a tener su casa. Ya no tendría que pagar el alquiler, ni dormir apiñada con sus hijos, sin privacidad alguna.

Llegó a casa feliz y participó con su familia de su contento y buena noticia. En una semana más tenía que ir a firmar la escritura a la notaría designada por el Banco, luego había que inscribirla en el Registro de la Propiedad y la villita sería de ella. Las cómodas cuotas que debía cancelar mensualmente le serían descontadas directamente de su sueldo, por lo que el pago estaría asegurado. Llegó a la oficina del notario. Casi pierde el equilibrio al entrar al edificio. Tanta era su emoción. El funcionario la recibió amablemente y, luego de pedirle su documento de identidad, le preguntó dónde estaba su marido, porque él también tenía que firmar la compraventa con la hipoteca, ya que ella era casada. Pero, yo la voy a pagar; yo sola, le respondió, no mi marido. Sí señora, le contestó el abogado pacientemente. Lo que pasa es que, como usted está adquiriendo el inmueble a crédito, debe garantizar el pago del saldo restante correspondiente al precio mediante la constitución de un gravamen a favor del Banco, y la ley dispone que ambos cónyuges deben constituirlo suscribiendo el instrumento público. Entonces, no le quedó más que confesar al notario que su consorte estaba ausente desde hacía más de quince años y que no sabía dónde ubicarlo,

porque perdió su rastro el día que se fue. Ante su desesperación, el Notario le sugirió que solicite al juez de lo civil que disuelva la sociedad conyugal y, en ese caso, ella podría comprar el bien solo a su nombre y no tendría que intervenir su marido. Con enorme preocupación preguntó al Notario: ¿Y esto no va a afectar mi matrimonio? No señora, esto no tiene nada que ver con el matrimonio sino con el patrimonio, acentuando la inflexión de la voz en el ma y en el pa.

Ella se marchó, cabizbaja, mirando hacia el suelo, los ojos llenos de lágrimas...

Después de cerrar la puerta del despacho, el Notario, moviendo la cabeza, se dijo: Casi le pregunto ¿de qué matrimonio me habla usted señora? ¿Qué es lo que usted teme que se desbarate si ya desde hace más de quince años que el matrimonio no existe en la realidad? ¿Cómo puede usted querer mantener vivo un vínculo de esa naturaleza con un ausente?...

María nunca regresó a firmar la escritura...

6



El Sicópata

EL SICÓPATA

Cuando me lo contaron no lo podía creer. Era demasiado terrorífico lo ocurrido como para pensar que era verdad: “Mi niña, mi mimada, mi hija preferida ha sufrido tanta sevicia. No. No es posible. Alguien está mintiendo. No puedo aceptar que haya padecido tanto y que lo hubiese callado por todos estos años”, escuchaba yo decir, cogiéndose la cabeza con ambas manos, al atormentado padre.

Hugo era un Ingeniero Civil respetable, hijo de un matrimonio muy bien llevado, y su madre era una profesional famosa y muy buena persona. Cuando Estefanía dijo que iba a contraer matrimonio con él, todos estuvieron de acuerdo, porque parecía la persona ideal para que ella forme una familia. Ya era hora, decían. Tenía 28 años y debía darse prisa para tener una prole antes de que sea muy tarde. Se fueron a vivir primero a casa de él y, luego, adquirieron la suya propia. Tuvieron una niña, a quien llamaron como la madre. Sin embargo, poco tiempo después de la boda, empezaron a notar un cierto alejamiento de Estefanía hacia sus parientes más cercanos. Al comienzo, no se preocuparon mayormente porque pensaban que era natural, puesto que se estaba instalando en su nuevo hogar, donde todo evidentemente sería distinto y entendían que su esposo demandaría atención para él, lo cual era también comprensible.

Así transcurrió el tiempo. A veces, la notaban como un poco alterada, y caía en silencios profundos, como que no quería que le pregunten ni le dijeran nada. Pero, respetaban su actitud, porque ella siempre había sido muy responsable y trabajadora y, probablemente, tenía mucho que hacer. Hasta que, un día, todo estalló como si hubiese sido una bomba molotov en media iglesia. Resulta que Estefanía llegó al hogar de sus progenitores en un estado lamentable. Estos se sentaron en la sala, frente a ella, profundamente alarmados, esperando una explicación que justifique este extraño proceder. Y comenzó a contar todo lo que sufrió durante los diez años que había vivido con Hugo. Ya no era su cónyuge, para empezar. Él había mandado a “hacer” el divorcio a un pueblo lejano de Guayaquil y, sin contar con el consentimiento de su mujer, apareció la sentencia por la cual se declaró disuelto el vínculo matrimonial “por mutuo acuerdo”. En esos momentos, parecía que ella todavía guardaba la esperanza de que él vuelva a ser la persona aparentemente normal con la que había contraído nupcias y, no obstante todo lo que le había hecho, aún pensaba que lo que Hugo hacía era producto de algún mal momento por el que estaba atravesando, aunque el momento llevaba más de una década de duración. La noche de bodas, -comenzó a relatar, ante el estupor de sus familiares-, él le dijo: Ahora vamos a viajar a la

luna. Colócate de pie, con la espalda contra la pared y di sin cesar: Vamos a la luna, vamos a la luna, vamos a la luna, y así al infinito, hasta que amanezca. Una hora más tarde, ya no podía mantenerse rígida, de pie, en la posición que le había ordenado. Empezaba a desmoronarse cuando él le asestó un duro golpe en el hombro derecho para que se enderece. Ya no recordaba cómo sobrevivió a aquella tétrica noche de “viaje espacial”. Al día siguiente, Hugo hizo su vida como que si nada hubiese pasado. Sin embargo, la “normalidad” consistía en que ella no podía dirigirle la palabra, porque todo era motivo de conflicto, del cual Estefanía solía salir “mal parada”. Él se ponía iracundo por cualquier cosa, hasta por el remoto volar de una mosca. Comenzaba por gritar incoherencias, que ella no alcanzaba a entender: Un monosílabo o un gesto podía ser el detonante de la furia del individuo. No había explicación alguna para este anormal comportamiento que, según ella, en algún rato debía pasar.

Y así había vivido esperanzada, pensando que iba a cambiar, sin que esto acontezca. En alguna ocasión, la cogió del cabello, la arrastró hacia el baño, le metió la cabeza dentro del servicio higiénico y haló la válvula. Ahí la retuvo, aplastándola con la mano contra el inodoro, como pretendiendo que se vaya por el hueco, hasta casi dejarla sin respiración. Otro día, y, por nada, cogió la pistola y se la metió en la boca. Así la mantuvo por una buena media hora amenazándola, cada cinco minutos, que la iba a disparar. En otra oportunidad, con la misma arma la persiguió por toda la casa corriendo, diciéndole, asimismo, que iba a acabar con su vida, que ya lo tenía hastiado, que no la quería más, que ya no deseaba que esté en la casa y que se vaya; hasta que logró alcanzarla, y, asiéndola por la cintura, le colocó la boca del revólver en la sien. Ella no paraba de llorar y de implorarle que no la mate, que la niña no podía quedarse sin su madre... Interminables minutos más tarde, la soltó y le pidió que vaya a la cocina y le prepare una sopa. Cuando la hubo terminado de hacer, la obligó a que se la sirva en un plato hondo y que se la lleve al comedor, caminando con las rodillas y mirando hacia abajo.

Fue esa noche, cuando resolvió dejarlo, coger a su hija, que estaba dormida, ir a casa de sus padres y narrar su martirio. En este instante de su relato, vieron cómo el padre se ponía lívido, desvaneciéndose poco a poco. Se llevó la mano al corazón, hizo una mueca de dolor y cayó muerto en el piso. El pobre hombre no pudo más, no tuvo fuerzas suficientes para soportar tanto dolor.

Ante esta tragedia, alguien se atrevió a decir: No cabe duda que este individuo es un sicópata. Pero, lo que menos puedo entender es cómo Estefanía pudo tolerar el suplicio por tantos años. ¿No será que también ella estaba mal de la cabeza?

7



El Macho

EL MACHO

Un ciudadano italiano vino de paseo al Ecuador y pronto se prendó de su gente, su clima, sus atractivos turísticos, los paisajes, la facilidad que se tiene de vivir las cuatro estaciones del año en un mismo día, la música, tan variada, y, en fin, de todo cuanto, con extrema avidez, iba conociendo en el país, de tal suerte que resolvió quedarse por algún tiempo disfrutando de todas sus bondades. Siendo sociólogo, lo que más le llamaba la atención era la forma de ser de sus habitantes, y, especialmente, esa diferencia que hay entre serranos y costeños. Los primeros bastante reservados, conservadores, a ratos poco comunicativos, muy serios, que se “recogen” temprano en la noche en sus hogares, mientras que, los costeños, particularmente los guayaquileños, son más abiertos, menos disciplinados, más francos y más dados a la diversión y a la “dolce vita”. Estas diferencias hacían que, habiendo prolongado bastante su estadía no se hubiese decidido todavía por una ciudad u otra para instalarse en ella, pudiendo ser entre las elegidas Quito, Guayaquil o Cuenca, aunque las playas de Salinas también lo atraían poderosamente.

En esas disquisiciones se encontraba, como deshojando margaritas, sin saber qué destino tomar. Estando en la Perla del Pacífico, resolvió ir a la capital para tratar de ver si ésta era la que más le convenía y adoptar una decisión de una vez por todas. Tomó su camioneta cuatro por cuatro y enfiló por la carretera hacia su destino. A los dos lados de la ruta se podía apreciar claramente los cambios cuando se pasaba de la Costa a la región de las montañas. Atrás quedaban el mar, los campos agrestes, estos se iban tornando verdes a medida que iba entrando en la Serranía, con un sol radiante que aún lo acompañaba, a pesar de que, afuera, estaba muy frío. Cuando pasaba el páramo, más o menos a las dos de la tarde, le llamó poderosamente la atención un par de bultos que se movía de modo extraño al otro lado de la vía, y que, por instantes, parecían uno solo, unos cuantos metros más allá de donde su carro iba rodando.

Disminuyó la velocidad y se detuvo para averiguar lo que estaba ocurriendo. Entonces, fue testigo de algo insólito: Confundidos, por momentos, los dos bultos, poco se podía adivinar, pero, acertando la distancia, se percató de que se trataba de un hombre y una mujer, más o menos de treinta años el uno y unos veinticinco la otra, ataviados ambos con sus largos ponchos y calzando alpargatas los dos, ella la espalda contra el pavimento, él como cabalgando sobre ésta, dándola contra el suelo, una y otra vez, mientras ella trataba inútilmente de defenderse agitando los brazos. No puede ser, pensó. Nunca había visto algo similar. Este hombre va a terminar matando a esa pobre mujer. Miró alrededor con la esperanza de

encontrar a alguien que pudiera auxiliarla, algún policía, alguna persona; pero, nada, todo estaba desolado, ni siquiera una humilde casita a la vista. Nada. Nadie. Entonces, pensó que no podía permitir que se masacre a un ser humano débil, desprotegido, indefenso, y de la manera más miserable como aquella, por lo que se propuso intervenir. Terminó de cruzar al otro lado de la vía, y ya, ante la pareja, intentó tomar al tipo por detrás, cogiéndolo de la cintura, a fin de que ella pudiese liberarse y escapar, cuando, ¡oh sorpresa!, ésta se incorporó, se acomodó el poncho rápidamente, que lo tenía casi tapándole la cara, y con los ojos llenos de furia empezó a golpear a quien pretendía ser su héroe salvador, al tiempo que le decía: ¿Tú quién eres? No te metas, él es mi marido, derecho tiene, puede pegarme las veces que sea y cuando quiera, ¿“qués” pues? Vete, desgraciado, mal nacido, hijo de..., mientras los dos lo atacaban a puñetazos, por lo que no hizo más que salir corriendo hacia su vehículo, subirse en él y huir en estampida. Qué cosa tan extraña, pensaba, cuando ya había perdido totalmente de vista a la curiosa pareja. Es incomprensible: No hay otra explicación. Lo que acabo de presenciar es la sublime expresión del gran “macho”... No hay vuelta que darle, eso es así. Y así concluyó que el Ecuador es un lugar donde podía vivir toda su vida porque sociológicamente, además, era digno de ser estudiado a profundidad en todos los mosaicos de particularidades que se ofrecían por doquier... Entonces, recordó una frase que, en alguna oportunidad, había escuchado aquí y a la que no le había prestado mayor atención: “Aunque mate, aunque pegue, maridué”... Cierto ha sido, se dijo, y siguió alegremente su camino. De lo que sí estaba seguro es de que, nunca más en su vida, se metería donde nadie lo llame...

8



El Celópata

EL CELÓPATA

Sofía era una chica atractiva, llena de ilusiones, que quiso atravesar el océano Atlántico, llegar a Europa, aprender a hablar otros idiomas, estudiar Negocios Internacionales, conocer a alguien interesante como para compartir su existencia y quedarse a vivir en el viejo continente. Aunque era amante de la música, no era de aquellas que gustaba de andar en bares divirtiéndose, sino que, por el contrario, era de costumbres muy rígidas debido a la disciplina con la cual había sido criada por sus padres.

Se instaló en Ginebra, una ciudad que no era muy bonita a su parecer, excepto la parte vieja, decía ella; pero, supuso que era lo más apropiado para sus intereses, puesto que había gente de muchas partes del planeta que iba a la Universidad a la que acudiría, y, además, algunos organismos internacionales tienen su sede ahí, por lo que la posibilidad de conocer personajes importantes era bastante alta.

Por haber estado acostumbrada al calor del trópico, el frío no le venía bien, sobre todo en el invierno; no obstante, había que soportarlo debido a que, en su casa, siempre escuchó aquello de que en el mundo nada es perfecto ni completo. Después de haber pasado algunos meses de casi congelamiento en su primera etapa invernal, pensó que era necesario dejar por un momento los días grises, llenos de lluvias, de helados vientos, y tomar sus primeras vacaciones primaverales en un lugar donde el sol esté siempre radiante y la gente fuese alegre. Consultó con el mapa y vio que los países más atractivos para colmar sus deseos podían ser Grecia, Italia o España. Se decidió por esta última. Vino Abril, al fin, y, con él, las ansiadas vacaciones. Presta, tomó el tren. El primer punto fue París, debiendo cerrar el circuito en Madrid, pasando por Barcelona, Granada, Málaga, Sevilla, Córdoba y, desde Madrid, rehacer la ruta a la inversa, tomando el Puerta del Sol hasta la capital francesa y, luego, a Ginebra. Como era su primera experiencia en estos menesteres, no tomó en cuenta algunos grandes detalles: Pasó la larga noche sentada en el tren porque no sabía que debía haber pagado por una litera para poder acostarse. Además, éste era uno de esos expresos que iban parando de pueblo en pueblo, -lo que ignoraba al adquirir el boleto- por lo que el camino se le hizo eterno.

Al amanecer, una vez hecho el cambio de tren en Hendaye, todos sacaban de sus canastas los “bocadillos” y tomaban café, cuyo aroma le venía delicioso y tentador. En su mochila no había ni siquiera galletas, menos una botella con agua o jugo. Lo propio pasó a la hora del almuerzo. Sus “compañeros” de viaje sacaron de sus canastas unos pequeños mantelitos blancos, que los colocaron

sobre las mesillas adosadas al asiento de adelante, donde colocaron los panes, el chorizo, queso manchego, salchichón, jamón serrano, frutas y botellas de vino, tinto de preferencia. Tenía el estómago totalmente vacío y con el olor de la comida, peor. Demasiado tarde se enteró de que en uno de los vagones del tren había un comedor para los pasajeros. Estos, en su mayoría españoles, no dejaban de cotorrear; por lo que dormir en esas circunstancias era más o menos imposible. Sólo podía distraerse leyendo, en versión francesa, la obra de Patrick Süskind, “Le Parfum”, que acababa de publicarse, y mirando el paisaje que, a ratos, resultaba monótono. La vecina de asiento, al percatarse de su infortunio, le había ofrecido un bollo que engulló más que comió. ¡Cómo era de interminable ese largo recorrido! Coincidieron... Entablado el diálogo con ella, ésta le preguntó si había reservado algún hotel donde alojarse, porque Granada era una ciudad pequeña, con pocos lugares disponibles para hospedarse, y, sobre todo, en esa época de pascuas, por las fiestas religiosas, venía una cantidad enorme de turistas y todo estaba repleto. Abrió los ojos más grandes que un plato, porque esta situación no la había previsto para nada y se preguntó: ¿Y ahora? ¿Qué hacer? El tren siguió andando, paraba, sonaba el pito largamente en cada estación, unos bajaban, otros subían, presurosos los unos, lentos los otros, mientras ella intentaba entretenerse mirándolos, tratando de imaginar de dónde venían y cómo eran, según su vestimenta y forma de expresarse. Pero, aun así, no conseguía escaparse de la gran preocupación que le causaba el hecho de no saber dónde iría a dar con su cansado cuerpo y el estómago que le dolía de tanta hambre. Lo único que deseaba era tomar una ducha, ingerir algo y dormir. Ya se veía sentada en el banco de un parque cualquiera con su maleta a cuestas. De paso, ésta pesaba tanto que era difícil portarla. La próxima vez, se decía, aligeraría el equipaje, esto no era nada práctico. Después de un poco menos de cuarenta y ocho horas, al fin arribó a la estación de trenes de Granada. Nadie la esperaba, por supuesto, ni siquiera el ansiado sol, porque eran casi las seis de la tarde. Buscó un taxi y le contó al chofer su tragedia. Compasivo le dijo que, efectivamente, todo estaba lleno, que no había dónde poner un dedo y que lo único que le podía recomendar era, si es que la tomaban, el Colegio Mayor Carlos III, que en esa época se convertía en “albergue de juventud”. Agradecida, dejó el coche y, arrastrando su valija, se introdujo en el recinto. Pidió hablar con el Director, que era lo que le había aconsejado el taxista. La atendió el Encargado y le solicitó hospedaje. Este, alto, delgado, blanco, cabello castaño, de espesas barba y cejas, hermosos ojos y mirada azul, la recibió muy amable y educadamente, y le manifestó que, para empezar, el sitio estaba completo, pero que, haciendo un esfuerzo podría quizás hacerle un espacio, aunque pensaba que ese lugar no era necesariamente para ella. Su sorpresa fue mayor cuando le expresó que ese “espacio” era en

dormitorios donde cabían hasta unas cuarenta personas que, además, dormían en unos colchones que se ponían en el suelo.

Nunca pensó que el deseo de disfrutar de un sol caliente y de unos días de esparcimiento le iría a causar esta tamaña tortura. En esas circunstancias, entraron unos hippies, mochila al hombro, barba larga, sucia y despeinada, sudados, vestidos en camiseta y pantaloneta, pies al descubierto, en sandalias, que fumaban y expelían un humo de un olor un poco extraño, unos en pareja, otros solos, con niños o sin niños, de rostros totalmente felices. Estos son nuestros clientes habituales le dijo al ver su cara de asombro. Él se percató de que ella, de ninguna manera, a pesar del cansancio y hambre que traía, iba a compartir ni por una milésima de segundo con los hábitos del albergue. Muy diligente cogió el teléfono, hizo unas cuantas llamadas hasta que, al fin, le comunicó que había encontrado un hostel muy cómodo, no lejos de donde se encontraban, y que la iban a tomar por tres días con sus respectivas noches. Era todo lo que necesitaba, porque siguiendo lo planificado, iría después a Málaga y luego a Sevilla. Pero, la gentileza del caballero no se agotó en ese momento. Se ofreció a llevarla, puesto que ella no conocía dónde se hallaba el hostel recomendado, y podía perderse, de tal suerte que, después de todas las calamidades que había padecido las últimas cuarenta y ocho horas, esto era más o menos como un oasis en medio del desierto.

Efectivamente, Daniel, que tenía aproximadamente unos veinticinco años, era muy conocido en el establecimiento, y la atendieron como a una reina. A las ocho vendré a buscarte le recordó. En el camino, le había propuesto llevarla a algún lugar a tomar una copa de vino y, luego, a visitar la Alhambra iluminada, y los jardines del Generalife. Después de que se había quejado de su suerte por dos días, esto le cambió la faz por completo. Durante el tiempo que se quedó en la bella ciudad, otrora tomada y habitada por los “moros”, él se convirtió en su guía y en el compañero ideal que necesitaba para su periplo. Le mostró esa joya arquitectónica, la Sierra Nevada al otro lado, caminando por las callejuelas estrechas y empedradas, las casitas de techos rojos, pintadas de blanco para protegerse del sol; los bares, los mesones y muchas cosas más; le enseñó a comer de las distintas “tapas”, como boquerones fritos o en escabeche, pinchos de tortilla española, calamares en su tinta, mejillones a la vinagreta, enormes aceitunas negras, champiñones al ajillo, pulpo al pesto, etcétera, etcétera. Por supuesto, no faltó el flamenco de los gitanos, con sus bailes, sus cantos, sus guitarras, su Cristo y su procesión en el Sacromonte. Las manecillas del reloj nunca habían corrido con tanta prisa. Agotadas las setenta y dos horas, tocaba coger rumbo a Málaga, donde la esperaban el sol, la playa y la arena. Los casinos, por supuesto, no eran

de su interés. Ni corto ni perezoso, su Lazarillo le dijo que sola no debía ir, que era un poquito peligroso y que él podía acompañarla, puesto que sus padres vivían en un pueblito cercano y que había prometido ir a visitarlos justo para esas fechas. Así, tomaron el tren y poco tiempo después el cambio fue notable. Málaga muy hermosa, en su estilo muy distinto al granadino, con altos edificios no lejanos de la playa, el mar azul, como todo el Mediterráneo.

Gente de todas partes se apreciaba por doquier, especialmente americanos. Sólo disponía de dos días, al cabo de los cuales debía dirigirse a Sevilla. Pero, no faltaba más, él no podía dejar viajar sola a esta jovencita, de 22 años, y meterse en medio de las multitudes que aplaudían y cantaban a la Virgen de la Macarena, teniendo en cuenta, además, que tampoco sabía dónde alojarse. Así que, mostrando sus habilidades de buen anfitrión, le propuso acompañarla. En Sevilla conoció el hermoso Parque de María Luisa, con sus distintas variedades de aves, plantas y flores, el Guadalquivir; el Barrio de Santa Cruz, la plaza de doña Elvira, en uno de cuyos bancos se sentaron por largos minutos recordando los famosos poemas de Bécquer, García Lorca, Rafael de León, y, de tantos poetas españoles más, que los dos conocían perfectamente. La sedujeron los honores que le rendían las masas a la Virgen de la Macarena cuando la sacaron de la iglesia, en grandes procesiones, donde no faltaron las alabanzas y cantos de saetas a la madre de Dios. Todo fue tan hermoso y tan mágico hasta que advino el día de la despedida.

Cuando se vio sola, en el tren, camino a Córdoba y Madrid, pensó que no había duda de que él se había prendado de ella, ya que hasta le prometió, al decirse adiós en la estación, que iría a visitarla a Ginebra el próximo verano. En la capital española, fue todo diferente. Se encontró con algunos amigos que ya la estaban esperando, la acompañaron a visitar la Puerta del Sol, la calle de Alcalá, la Gran Vía, el Palacio Real, la Cibeles, el Museo del Prado, donde admiró Las Meninas de Velázquez, entre muchas pinturas famosas y otros sitios más. Terminadas las vacaciones, retornó a Suiza. Distraída en las múltiples actividades de la vida diaria, poco a poco, la fiebre que le dejaron las fiestas de pascuas en España se le fue bajando y, muy de vez en cuando, recordaba lo sucedido. Pero, parece que del otro lado de los Pirineos, no, porque a punto de empezar la etapa de clima caliente recibió una carta postal del Romeo que había dejado en Granada, comunicándole que vendría a visitarla y que le gustaría que, en esta ocasión, fuese ella quien le sirva de guía, recordando más o menos a la Nathalie de Gilbert Bécaud. Y así fue. Ginebra no tenía mucho que ofrecer como lugares turísticos. Le mostró la Ciudad Vieja, con su maravillosa arquitectura, el

lago Léman, el juego de agua, el palacio de las Naciones Unidas, los museos y todo lo que pudieron visitar. Fueron a Zurich, Lucerna, y otros lugares hermosos de ese bello país. Los cinco días transcurrieron rápidamente. Esta vez, el adiós, para ella, fue un tanto triste.

Y así, fue ocurriendo durante los tres años siguientes.

Eran tiempos muy cortos, de volátiles vacaciones que pasaban juntos, porque cada uno tenía mucho que hacer en su respectivo lugar. Hasta que Sofía culminó sus estudios, y se vio en la necesidad de resolver sobre lo que iba a hacer de su vida, teniendo en cuenta que podía quedarse en Suiza, retornar a su país de origen, o casarse con el mitad andaluz que conoció en Granada, quien así se lo había propuesto. Cogió todos sus “chécheres”, como dicen en España, se fue a Madrid y se casaron.

Y así empezó el reverso de la medalla. Todo fue tan diferente. De su vida autónoma no quedó nada. Empezando porque ni siquiera podía tener amigos, ni mujeres, menos hombres. Sólo mantenía una relación amistosa con una señora de origen alemán, con la que hablaba rara vez por teléfono, y, cuando él estaba en casa, no podía hacerlo, porque decía que él también necesitaba comunicarse con ella, obligándola a terminar precipitadamente la conversación. Estaba totalmente aislada. Ningún varón podía mirarla, menos hablarle, porque podía provocar una escena de celos inimaginable. No podía trabajar, no se lo permitía. Cuando, al recordar algo, de pronto, sonreía, tenía que explicarle por qué. A veces, no era posible porque el pensamiento había sido fugaz y no se acordaba, y la perseguía por toda la casa para que le “confiese” el motivo de su sonrisa. Con extrema dificultad logró convencerlo de que la deje trabajar. Eso fue motivo de múltiples torturas y agravó la situación. Al retornar, diariamente, tenía que contarle minuciosamente todo lo que había hecho y describirle de igual manera las personas con las que había tratado.

Una vez, un amigo de él, que había sido su padrino de bodas, la invitó a un concierto en el Palacio Real, sólo le sobraba una entrada, que era para un palco al lado del de los Reyes de España. La reacción no podía ser otra que oponerse a que asista a este evento que, para ella, era extremadamente importante. Tampoco permitió que vaya a Rusia, donde había sido invitada por uno de los Viceministros del gobierno de ese entonces, vista la gran labor que había realizado al lograr un entendimiento entre los gobiernos de la entonces URSS y el Reino de España. Sin embargo, en cada caso como esos, al final, le decía: Puedes ir, si quieres, pero ya verás lo que te espera cuando regreses a casa. Evidentemente, nunca supo

lo que le esperaba, porque jamás lo desobedeció. Después, quedó embarazada. Cuando dio a luz al bebé, todo se volvió más complejo. Ya ella empezó a hablar de rompimiento porque no soportaba más la situación. Él decía: Si tú quieres, nos divorciamos, pero, eso sí, yo me quedo con el niño. No podía haber escuchado algo más aterrador. Que le arranquen el niño de sus brazos, era algo totalmente inconcebible. Tenía que tolerar todo por miedo a que se lo quite y no verlo más. Era un rehén en su propia casa. Las escenas de celos eran cada vez más intolerables. Los fines de semana, se ausentaba y la dejaba absolutamente sola, sin poder hablar con nadie. Era por demás desesperante. Empezó a sentir que ya no lo quería, que aquello que pensó que era amor o no lo había sido o, si lo fue, se había esfumado. ¿Y cómo escapar de ese encierro mental? En un país extraño, donde probablemente llevaría las de perder, era muy difícil tomar a la criatura y marcharse a cualquier lugar. Sobre todo, porque para obtener el pasaporte del crío, tenía que ir él y autorizar la salida. Entonces, se le ocurrió decirle que necesitaba ir a ver a su madre que estaba muy enferma y que le dé permiso para ir por un mes a acompañarla. Luego de muchas amenazas por parte de él, al fin, cedió y pudo viajar con el niño. Puesta la distancia de por medio, se asesoró muy bien en su país. Finalizado el mes concedido, le expresó por teléfono que se quedaría y que nunca más volvería a España.

Casi se volvió loco. Era una suerte de obsesión la que tenía hacia ella. Después de intentar convencerla de que regrese a su lado, de diez mil maneras, Sofía se mantuvo firme y, pese a que le ocasionaba una tristeza infinita y se le partía el alma en diez mil pedazos al separar a su hijo de su padre, que, cada vez que llamaba por teléfono, le decía “¿papá cuándo vienes?”, pensó que era lo mejor que podía hacer. Ya había superado, en parte, un proceso psicológico tremendo en el que estuvo a punto de perder la razón.

Cuando estaba en España, al acostarse, veía luces verdes fosforescentes en las sábanas blancas y en las cortinas del mismo color. Eran como culebrillas que iban y venían, de arriba a abajo, en forma sinuosa, y escapaban rápidamente. Entonces, entendió cómo una mujer podía, incluso, hasta tramar atentar contra la vida del marido cuando éste abusaba de cualquier modo y de manera sistemática de ella. Doce luengos meses más tarde, tuvo la noticia de que Daniel había fallecido en forma repentina en Madrid. Era triste decirlo y reconocerlo, pero, desde entonces, vivió y durmió en paz. Ya no temía más que, de pronto y sin previo aviso, cumpla la amenaza de venir y llevarse a Danielito. Ya nadie podía arrebatarlo. De haber sucedido, hubiese sido como si le hubiesen arrancado la vida misma, rasgándole y rompiéndole las entrañas más íntimas de su ser...

9



El Infiel

EL INFIEL

Sara era la típica mujer de clase media, para quien casarse había sido el propósito de su vida. Su madre siempre le dijo que había que mejorar la raza y que tenía que darle muchos hijos a su marido para mantenerlo atado a ella, de modo que no se le ocurriese nunca dejarla porque eso significaría también abandonar a sus hijos. Entonces, salió embarazada de Carlos, una y otra vez, hasta completar siete. Tres varones y cuatro mujeres. Ni más ni menos. Es decir, que estuvo con la barriga inflada por casi todo el tiempo de compromiso matrimonial, ya que tuvo a los hijos uno detrás del otro. Recordaba que su madre le contaba que, en tiempos de las abuelas, las mujeres, ya desde cumplir la cuarentena, salían de debajo de los toldos nuevamente “preñadas”. Bien alimentadas, por supuesto, porque se mataba una gallina todos los días para nutrir a la “recién parida”. Cuando no tenían mucha leche para amamantar a los bebés, pagaban a las “nodrizas”, quienes, por unas cuantas ayoras, más la buena y abundante comida, rociada con avena quáker, hecha con naranjilla y panela, o cerveza, -porque la cebada hacía que la leche fluyese en abundancia- entregaban su sabia a cualquier criatura. Sara amamantó a duras penas al primero, porque eso de perder la firmeza de sus pechos por hacer algo que le parecía ya poco “civilizado” como que no era de su parecer. Ahora, ya no había las nodrizas, pero, la leche en polvo era tan buena como la materna, pensaba, así que las cajas conteniendo los tarros de ese polvo blanco nunca faltaron en la casa. Eso sí, había que reconocerlo, Carlos, su marido, era un excelente proveedor. Tan pronto como se vaciaban la alacena y la refrigeradora, se volvían a llenar con la misma rapidez, de tal forma que nunca hubo escasez de comida, aun con el incremento natal de su ya larga prole. Obviamente, los gastos de médicos, medicinas, vestuario, educación, y un sinfín de etcéteras eran totalmente cubiertos por Carlos, que abría la billetera sin “chistar”. Ella, entretenida con cada uno de los chicos, no se daba cuenta, por lo menos al inicio, de lo que estaba ocurriendo con su consorte. Mientras él no descuidara sus obligaciones en el hogar, no tienes por qué preocuparte, ni reclamarle nada, porque él está cumpliendo con su deber, le recordaba su madre cada vez que iba a visitarla. Nacida Elena, la última, y ya con dieciocho meses, Carlos retrasaba cada vez más su llegada a casa, y, aduciendo mucho cansancio, provocado por el exceso de trabajo, ni siquiera quería escuchar lo que pasaba con los niños. Se acostaba a dormir de inmediato, sin cenar, hasta las cinco de la mañana en que salía, porque debía llegar a tiempo a la empresa donde laboraba como Gerente. Cierto era que estaba un poco distante, pero, a ella le parecía demasiado temprano. Sin embargo, las explicaciones que daba le eran satisfactorias y, ocupada como estaba todo el día con los chicos, no

se ponía a pensar que algo no andaba bien. Él era muy zalamero, y cuando la situación se ponía un poco tirante, le mandaba rosas rojas, vino tinto, como a ella le gustaban, con una tarjetita color rosa, en cuyo centro había dibujado un corazón con un simpático “Te quiero” en su interior. La saludaba con un beso en la frente al llegar, y, santas pascuas. La única que se percataba de que algo raro estaba sucediendo, era doña Rosa, la madre de Sara. Pero, para no inquietar ni martirizar a su hija, no le decía nada. Y así pasaba el tiempo. También era anormal que el teléfono sonara, constantemente, como que alguien había al otro lado de la línea, como queriendo escuchar algo, y, al cabo de un minuto, cerraban sin decir nada. Para esto, poco a poco, Carlos fue cambiando de carácter y actitud. Cada vez se interesaba menos por lo que ocurriese con los niños, que, claro, a medida que iban creciendo, iban demandado más atención y más cosas y más gastos, los cuales, por supuesto, no dejaban de ser atendidos de inmediato. A las reuniones en las escuelas y colegios, donde debía asistir, no iba, poniendo siempre como pretexto y por delante su “arduo trabajo”. Como todo esto era como que se iba haciendo parte de las costumbres y del convivir normal, Sara, que había ganado algunos kilos más, no hacía otra cosa que seguir la rutina, sin tiempo ni deseos de pensar en analizar el cada vez más extraño comportamiento de su marido. Vale la pena acotar que, cuando él estaba en la casa, todo tenía que estar en silencio, caminar en puntillas, y no perturbarlo para nada, porque si esto se daba, él no lo soportaba, y después de reclamar a su mujer por el llanto o los gritos de los niños, se iba dando un portazo. Al regreso, Sara lo recibía, con el cada vez más escaso y volátil beso en la frente, como si nada hubiese pasado.

Un día, percibió que, de la ropa con la que llegaba Carlos, salía un perfume que no era de varón. Con temor y mucha prudencia le preguntó si había estado en alguna perfumería porque ese olor no lo reconocía. El, esquivo, le dijo que estaba loca, que eran cosas de su imaginación. ¿Loca? Por supuesto que no. Lo que sí notaba era que ya su marido, aparte del alejamiento con el que la trataba y del cual ella no quería darse mayor cuenta, hacía mucho tiempo que había dejado de ser cariñoso, y, lo peor, es que empezaba a ser grosero y no le importaba que sus hijos estuviesen presenciando la escena. Las anónimas llamadas telefónicas comenzaron a dejar de ser tales, y era la voz de una mujer, de una cuarentena, más o menos, la que se escuchaba –a propósito, Sara tenía 35 y él 42- del otro lado del hilo telefónico, preguntando por “Caarlos”.

La mujer contó a su madre toda esta secuencia que, recién ponía como en una película que estaba viendo de su propia vida, y ésta la aconsejó diciéndole que, por los chicos, había que ser prudente, que espere, porque ya se le pasará. Pero

el “pasará” no pasó. Al revés, las impertinentes llamadas llegaban a cualquier hora del día o de la noche, cuando Carlos no estaba en su casa, y la voz femenina le decía a Sara: ¿Está tu marido, hija de...? La pobre mujer colgaba el teléfono presa de la desesperación, que iba aumentando en la medida en que los hechos se iban dando, porque no sabía qué hacer, ni tampoco se atrevía a reclamar al marido, por pavor a que entre en cólera. Esto ya se había convertido en una tortura permanente, porque la tipa no dejaba de martirizar, una y otra vez.

El martirio se acabó cuando Carlos, un buen día, luego de una pequeña discusión, sin trascendencia, con su mujer, se fue, domingo de noche, sin volver nunca más. Sara, con los siete hijos a costas, mudos testigos de todos los sinsabores sufridos por su progenitora, entre infantes y adolescentes, y habiéndose cerrado la billetera por completo, tuvo que empezar a ver cómo ganaba dinero para terminar de criarlos. No era fácil. Nunca había trabajado. Su rol estaba en el hogar: Nada más. Sólo tenía que ocuparse de los chicos y de “atender” a su marido hasta el día en que se fue. Pronto se le acabó el dinero ahorrado y tuvo que pedir auxilio a su mamá, que de poco disponía, e ingeniárselas vendiendo productos de belleza, de casa en casa, para poder apenas subsistir. Alguna vecina le aconsejó que lo demande por alimentos. Contrató a un abogado, totalmente desconocido. Le pidió dinero, dinero y dinero, y nunca resolvió nada, hasta que se dio por vencida. Además, tampoco es que quería mucho meterlo en la cárcel, ni nada que se le parezca. Como los chicos eran buenos alumnos, felizmente, ganaron sus becas en los colegios y, de este modo, la carga financiera se alivió bastante, además, la vivienda era propia. Y así pudo Sara educar a sus hijos, que era lo que más le preocupaba. Pero, si bien Carlos se había ido físicamente, y aunque ya nunca más se acordó de sus hijos, no había desaparecido del corazón de Sara. Más de una vez, las lágrimas caían lentamente por sus mejillas al recordar lo felices que habían sido, cómo la mimaba al inicio de la relación, cómo era de bueno con sus hijos y todo lo que ella consideraba como excepcional de este ser humano.

Pasaron diez años desde la partida de Carlos. Los suficientes como para que ella se hubiese olvidado de él y éste de ella. Mas, no fue así. Un día sonó el timbre de la casa con insistencia, los chicos se habían ido al colegio y a la universidad, y la única que estaba ahí era Sara, ordenando la mercancía para salir a venderla, después de haber preparado la comida para todos. Sacándose los rulos de la cabeza, fue a ver quién era que tocaba a esas horas, como doce del día, y, para su sorpresa, era nada menos y nada más que el mismísimo Carlos, aunque casi no lo reconoce. De no haber sido por el lunar, de forma ovalada, de unos ocho

milímetros que tenía en la mejilla izquierda, no hubiese sabido que era él, él, él... Estaba flaco, como un rocinante -la verdad nunca había sido muy agraciado que digamos- la cara enjuta, como que se le caían los pantalones, el rostro más arrugado de lo que le correspondía por la edad, más allá de los cincuenta, y, con el aire sumiso, tembloroso, como hubiese dicho la abuela con una frase muy vulgar, pero muy al pelo, “con el rabo metido entre las piernas”, la saludó apretándole las dos manos, como significando, con ese gesto, un pedir perdón... No. No podía creer que era realidad lo que estaba viviendo, se decía Sara para sí. Primero, que haya vuelto, y, luego, que se encuentre en ese estado tan, tan lamentable. Lo hizo pasar de inmediato, sin pensarlo dos veces. Lo cogió del brazo y lo llevó hasta el sofá, donde solían sentarse y conversar por mucho tiempo cuando recién se casaron. Él, apenas, podía pronunciar palabra. Lógicamente, nunca se imaginó que, después de tremenda y larga ausencia, lo iban a recibir de esa manera, un poco más y con alfombra roja y, peor aún en ese calamitoso estado y, para colmo, sin “plata”. Y esto era fácil de adivinar, porque de la ropa fina y cara que solía vestir, no quedaba nada, por lo visto, y de los zapatos de cuero, de marca, menos, estos habían sido remplazados por unos seguramente chinos comprados en la bahía, quizás a cinco dólares el par. Sara, que no salía de su “hipnosis”, empezó a acariciarle la cara, a echarle el cabello hacia atrás, como queriendo despejarle el rostro. Ya luego, comenzó a acariciarlo, cada vez más, más. Tan sedienta estaba de tener otra vez su “hombre” que, según palabras dichas por ella misma, “lo atendió en el amor”. Después de recibir tantos cuidados, naturalmente que Carlos fue ganando peso, vistiéndose mejor y permaneciendo en casa porque no tenía trabajo. Todo ello, con el producto de lo que hacía Sara, que tuvo que quintuplicar las ventas de los cosméticos para que le alcance a cubrir todos los gastos. Eso no importaba, afirmaba Sara cuando su madre le reprochaba este acto no de humildad, ni de caridad, sino de “brutalidad”.

La peor parte la llevaron los chicos, que no fueron consultados por su madre, los más grandes, sino que, un buen día y casi por arte de magia, se encontraron con este individuo que ya, para todos, resultaba un perfecto desconocido. No querían verlo, casi no le dirigían la palabra. Para colmo, Sara parecía como extasiada con él y poca atención les prestaba, cualquiera que fuese la edad del hijo que se la demandaba. Ella estaba definitivamente en su segunda luna de miel. Así pasaron unos buenos cinco años, en una convivencia forzada con esos seres que había procreado y que no le habían perdonado su cruel abandono. A Carlos se le fue el rostro enjuto, ya no se le chorreaban los pantalones, y lucía mil veces mejor semblante que el que mostró cuando “atterizó” de golpe y sopetón en el que otrora había sido su hogar; y empezó a escaparse a hurtadillas, sin que

nadie se percatase. Sara, por su parte, lucía como radiante, llena de felicidad, colmada ahora por la presencia de su marido... Una buena tarde, Carlos salió y no volvió más. Sara lo buscó ansiosa, temerosa, llorando, por todas partes, clínicas, hospitales, la morgue, llamó a la policía, lo reportó como desaparecido, y, nada. Se había esfumado, se lo “tragó la tierra” diría su abuela. Cuando tocaban la puerta, Sara se precipitaba a abrir, con la esperanza de verlo, ahí, delante, buscando nuevamente el “amor” que sólo ella podía darle. Transcurrieron los meses, Carlos seguía sin hacer el milagro de su “resurrección”.

Un día, Sara se encontró en la iglesia con Lucía, una amiga de la infancia. Agotadas las lágrimas, había ido a orar por el retorno de su amado, poniendo las velas a cuanto Santo pudo, implorando, además, perdón por todos los pecados cometidos, porque, ciertamente, si Carlos se fue, seguramente era nuevamente por su culpa. Y así se lo hizo saber a Lucía, quien, muy indiscretamente le había preguntado por qué encendía y ponía tantas velas. Lucía, ante esa confesión, no sabía qué hacer, si decir o no decirle la verdad. No quería ser dura, pero, tampoco deseaba que Sara siga siendo la misma cándida que toda la vida había sido. Luego, de reflexionar por unos cuantos segundos le dijo: Pero, Sara, ¿acaso no sabes que Carlos vive desde hace más o menos un año, donde Clarita, la novia que tuvo cuando adolescente, con la que siempre te fue infiel?

La voz ronca del sacerdote resonó en la iglesia: Amados fieles...

10



El Infeliz

EL INFELIZ

Alejandro y Manuela se conocían de toda la vida, quizás desde el jardín de infantes. Cuando llegaron a la Universidad, él estudiaba Química y Farmacia y ella Filosofía y Letras. A la salida de las clases, esperaba el uno al otro, en un parquecito cercano, y, muy cogidos de la mano, caminaban un buen trecho, hasta que ella tomaba el bus para ir a su casa y él cruzaba la acera, avanzaba un poco más y cogía el que lo conduciría hasta su domicilio. Esa película se repetía todos los días. Nadie se atrevía a cortejar a Manuela, porque, a más de ser una chica muy conservadora, se sabía que ese romance iba a terminar en matrimonio, como, en efecto, ocurrió. Y ambos, después de casados, continuaron con el mismo proceder, él iba a recogerla a la Facultad, y, con la mano del uno adosada a la del otro, emprendían la ruta de todos los días. La llegada de su primera y única niña tampoco cambió las cosas. Era la pareja feliz. Nunca se vio un distanciamiento, parecía que siempre estaban de acuerdo en todo, y viviendo en perpetuo romance, lo cual era mirado hasta con un poco de envidia por ciertos compañeros que reñían constantemente con sus novias o enamoradas, lo cual, evidentemente, les hacía permutar la alegría del rostro por la amargura del momento. Terminada la carrera universitaria, - los dos la concluyeron al mismo tiempo-, Alejandro, con el dinerito que había ahorrado durante los seis años de estudios superiores, -porque empezó a trabajar desde que terminó la enseñanza secundaria-, puso su laboratorio, modesto al inicio, pero muy próspero después, y, ella, siguió trabajando como Profesora en el colegio que había fundado su padre, que, por lo demás, era de mucho prestigio. Después, vino el momento de adquirir la vivienda, que estaba ubicada en un bonito barrio, y la pagaron con un préstamo que les hizo el IESS, que amortizaron mensualmente, cada uno de acuerdo a lo que ganaba. Todo iba muy bien, aparentemente, entre ellos. Era la felicidad completa. Cierta día, por algo que, cuando contó su historia, ya no podía precisar, pero, en todo caso, totalmente banal, ella empezó a notar ciertos cambios en la actitud de él. Realmente, no sabía qué podía ser; pero lo veía como distinto, como que algo pasaba que no se atrevía a decir o que ella, quizás, estaba imaginando sin fundamento alguno. Estaba enfermo o no se sentía bien, o las cosas iban mal en el laboratorio, o alguna desagradable noticia de algún familiar o amigo muy próximo, reflexionaba Manuela, en su ninguna malicia, -porque carecía de ella-, y se torturaba preguntándose qué podría ser. No le dijo nada, ni tampoco lo comentó con su hija, que ya había cumplido dieciséis años. Con la inocencia de la juventud, menos todavía podía presentir lo que tendría su padre, y ella no le iba a menguar su alegría de vivir. Voy a prestarle un poquito más de atención, se dijo, a partir de aquel día. Pero, no era de ese tipo de personas

inquisidoras, ni tampoco quería atormentar a su marido por algo que, de pronto, sólo existía en su cerebro.

Con los preparativos para la fiesta de graduación de Bachiller de Isabelita, tenía bastante en qué entretenerse, al punto que todas esas reflexiones que se había hecho las mandó como para un tacho de basura, que no quiso destapar después. Se hizo el gran festejo y todo siguió igual, sin ningún problema. Una mañana, muy temprano, sonó el teléfono y, al contestar, oyó que una voz femenina le decía: “¿Quieres que te diga el color de la camisa que lleva puesta tu marido? Por si te interesa, te digo que es celeste”. Efectivamente, así era. Pero, no le hizo caso. Alguna mala broma, pensó. Siguiente día, misma hora, alóo..., “¿Quieres saber el color del pantalón con el que anda vestido tu marido?”. Tercer día, Holaa, “¿Sabes qué corbata se puso hoy Alejandro? ¿Quieres que te lo diga? Es roja con rayas azules”. Esto ya no era broma pesada, tampoco una canallada, esto era algo muy serio, como para investigar y no seguir tolerándolo. Cuando, en la noche, Alejandro volvió a casa, Manuela lo estaba esperando, resuelta a preguntarle qué era lo que estaba sucediendo y contarle lo de las llamadas y que las señas que le daban eran absolutamente ciertas. Se sentaron en la salita de estar, alumbrados apenas con la luz de una pequeña lámpara, la puerta cerrada para que Isabelita no escuchase ni se enterase de nada. Manuela se armó de valor, -esto no era para ella, desde luego-, y, directamente le preguntó sobre la posible relación extramatrimonial que él estaba teniendo con otra mujer. Extrañamente, le respondió la pregunta con una respuesta que no esperaba. No lo negó. Reconoció que sí, que era verdad, que se había enamorado de una mujer que era doce años mayor que él, pero que era el amor de su vida y que con ella era extremadamente feliz, mientras que, en los veinte años de matrimonio que llevaba con Manuela siempre, desde el inicio, había sido totalmente infeliz. Ésta casi se desmaya al escuchar tamaña confesión que, de buenas a primeras, se lo escupía en la cara y que, por lo demás, lo había callado por dos largas décadas. Era increíble lo que acababa de escuchar. Le parecía estar soñando, que quien tan mal se expresaba de ella no era su marido, que se había producido una inexplicable metamorfosis, que algo estaba pasando que no correspondía a la realidad. Él dijo que no, que así había sido, lamentablemente; que cuando nació la niña no tuvo el coraje de revelar sus sentimientos, de dejarlas y de separarse, pero, que, ya siendo Isabelita una adulta, habiendo terminado su bachillerato, él podía perfectamente rehacer su vida y con la persona con la cual él quería y que lo hacía inmensamente feliz de mil y una maneras. Manuela, no pudiendo creer lo que había escuchado, salió de la salita, se fue a su dormitorio, y, desde ahí, cayó en una profunda depresión. No se movía de la cama, no quería saber nada de nada,

ni siquiera bañarse, peinarse, arreglarse, vestirse bien, salir a la calle, trabajar, ni hablar; en fin, nada. Permanecía por horas y horas acostada, mirando al techo, con un derrumbamiento total de su autoestima y de su existencia. Su hija, muy preocupada, preguntó lo que sucedía, pero ella no quiso darle explicación alguna. No deseaba causarle daño, ella amaba tanto a su padre, que, primero, no le iba a creer, y, segundo, de confirmárselo, porque él era muy capaz de hacerlo, Isabelita no lo iba, probablemente, a soportar, pese a que tenía un carácter bastante fuerte; pero, -se decía-, nadie sabe cómo va a reaccionar una persona ante una situación de esa naturaleza.

El desbaratar de su matrimonio era como si un castillo de naipes se hubiese venido abajo. Eran dos vidas que se perdían, la de ella y, posiblemente, la de su hija, por lo que ocultó su pena y su dolor. Nunca pudo pensar, menos admitir, que Alejandro no había sido feliz con ella, cuando, por veinte años, le había jurado exactamente lo contrario. Tuvo que hacer un esfuerzo extraordinario para tragarse las lágrimas y correr el velo de tristeza que cubrían sus ojos para que Isabelita siguiera siendo una joven sin dificultades ni amarguras de ninguna especie. Pero, no podía fingir todo el tiempo y, tomando fuerzas de donde no tenía, pidió una consulta con un sicólogo de confianza, le contó sus penas y le pidió que la ayude, primero a asimilar lo que había ocurrido y, segundo, a encontrar un remedio para esta enojosa situación. Lo que sí tenía muy claro es que la farsa no podía continuar. Entre que pasó deprimida, pegada al colchón, empezó el tratamiento y se sintió mejor, pasaron dos años, durante los cuales él estaba la mayor parte del tiempo con la otra mujer, pero, seguía viviendo en la casa para mantener las apariencias frente a su hija, que hacía rato que se había enterado, por boca de la propia extraña que se había entrometido en su hogar, de la infidelidad de su padre. Sin embargo, había callado para no herir a su madre, hasta que ambas, en una ocasión en que estaban solas, conversando, resolvieron destapar sus sentimientos la una a la otra. Con el apoyo de su hija, la orientación del sicólogo y el efecto de los medicamentos, poco a poco fue absorbiendo su realidad, y aceptándola, hasta que llegó el momento en que tuvo la fortaleza suficiente para analizar friamente sus sentimientos y encarar al individuo.

Eran como las siete de la noche de un día viernes. Él acostumbraba a llegar más o menos a las ocho. Se bañó, se vistió y se arregló la cara como desde hacía mucho no lo había hecho, se perfumó, tomó fuerzas, y, tan pronto como Alejandro ingresó a la casa, respiró hondo, lo llamó y le dijo que quería hablar con él. Fueron a la salita de estar, aquella en la cual dos años antes él le había hecho la terrible confesión. Sorprendido por la actitud de Manuela, Alejandro se acomodó

en el mismo sillón, ella en el que quedaba al frente, y le dijo: Te escucho. Ella, muy calmada, sin alzar la voz, comenzó diciendo lo siguiente: No tengo una historia que contarte porque tú la conoces mejor que yo; tampoco soy de discursos ni de mentiras, sólo quiero decirte que debemos divorciarnos porque yo a ti ya no te quiero. Al escuchar esta última frase de labios de su esposa, de que “¡YO, A TI, YA NO TE QUIERO!” se le descompuso la cara de tal manera que parecía que los ojos se le iban a escapar de las órbitas. Se puso de pie, se volvió a sentar, y, frente a frente con ella, y, usando el dedo índice le replicó: ¿Cómo, tú -señalándola- a mí, poniendo el dedo hacia él-, no me quieres? Y ella, con la misma frialdad, haciendo acopio de toda la energía que había acumulado para ese instante, imitándolo, le respondió con el mismo gesto, y con el dedo índice: ¡SÍ, YO, -señalándose ella-, A TI, -señalándolo a él-, YA NO TE QUIERO!... Alejandro se hundió en el asiento como abatido por esa descarga de metralla que nunca pensó recibir de parte de Manuela. Él podía haber dejado de quererla, ser infeliz a su lado, haberle sido infiel, haberle dicho que nunca había sido feliz ni antes, ni durante su matrimonio, cualquier cosa, todo lo que quieran, pero, que ella a él no lo quiera, no, eso era completamente inaceptable. Salió de la salita, bajó rápidamente las escaleras y se marchó. Manuela, recuperando su antigua forma de ser, le dijo muy inquieta y desesperada a su hija, que estaba al corriente de lo que iba a hacer su madre, que acompañe a su papá, que pobrecito, adónde iba a ir o qué locura iba a cometer. Isabelita, que nunca se había querido meter en los problemas de sus padres, pero que conocía muy bien a ambos, le dijo: Mamá, por favor, no te preocupes, él, desde hace tres años que tiene un departamento de soltero en el centro de la ciudad. Abrazó a su madre y la acompañó a su habitación. Manuela se sentó como desplomada sobre la cama y murmuró: Infeliz, sí, ahora sí, cómo no, lo he herido en lo más profundo de su ser... Él podía odiarme, pero yo sí tenía que amarlo y seguir amándolo hasta más allá de la tumba, hubiese hecho lo que hubiese hecho. ¡Infeliz!...

11



El Depredador

EL DEPREDADOR

Fernando e Inés contrajeron matrimonio civil, muy enamorados, hacía ya veintidós años, en Nobol. Era la época en que, cuando el novio no era aceptado en el seno de la familia, y los padres eran muy severos, como los de Inés, la pareja tomaba las de Villadiego y se “fugaba”. Cuando, sin motivo conocido, no se veía más a una chica por el barrio, tanto la parentela, como los no menos curiosos vecinos, empezaban a sospechar que algo andaba medio extraño y se hacían mil y una conjeturas. En el caso de Inés, luego de su inesperada desaparición, cuando los entrometidos empezaron a preguntar a sus compungidos padres “qué era de Inés, que ya no la veían”, don Perico y doña Toya, respondían, preocupados y avergonzados: “Pues, nada, que se fugó con el mequetrefe ese, vago, sinvergüenza, que lo que quiere es llevarse los cuatro reales que supuestamente nosotros tenemos. Adónde se la habrá llevado a vivir este sujeto, no sabemos, y, seguro que pronto saldrá con un muchacho en la barriga”. Desde luego, ese no era el pensamiento de Inés, quien cuando discutía con sus progenitores al respecto, les decía que era un buen chico y que lo quería mucho. Embobada como estaba con Fernando, no le importaba que, efectivamente, no tuviese “dónde caerse muerto”, como aseveraban ellos. La huida se dio más o menos a la media noche. Ella salió sigilosamente de su casa, con una maletita muy pequeña, en la cual había puesto precipitadamente unas cuantas cosas para sus inmediatas necesidades. Él la esperaba en la esquina, mirando hacia todos lados, como que si alguien, de improviso, fuese a arruinar el bien concebido plan. Las noches en Guayaquil no suelen ser muy negras, de tal forma que no era muy difícil verlos y reconocerlos. Felizmente, nada anormal ocurrió, caminaron abrazados y con paso apresurado, para alejarse lo más pronto posible de la vivienda de la Julieta, y, dos cuadras más allá, tomaron un taxi que los llevaría a la estación de transporte intercantonal. Larga se les hizo la espera. A cada momento les parecía que don Perico llegaba a la Terminal con la policía, para “meterlo preso” a él, y, a ella, llevarla “de la moña” a la casa. Fernando no dejaba de inquietarse y preocuparse, porque bien sabía que lo que estaba haciendo era un delito y que, una vez “en cana”, difícilmente alguien lo iba a sacar de ahí, porque tampoco sus progenitores estaban de acuerdo con que se una a esa chica, que no era de “su clase”, y, lo peor, que no tenían un centavo para contratar un abogado que lo defienda. En eso estaba pensando, sin soltar, desde luego, a su enamorada, cuando llegó el vehículo que debía transportarlos a Daule. Al día siguiente, en el Registro Civil, comenzaron los problemas. Inés le había dicho que “se iba” con él, pero que, de inmediato, tenían que formalizar la unión. Cuando el funcionario del Registro les pidió las cédulas, la miró largamente y le dijo que

no podía contraer matrimonio porque era menor de edad, a menos que cuente con el consentimiento de sus padres. Los dos se aterraron, sin saber qué hacer ni adónde acudir. Un hombre que estaba merodeando por ahí se ofreció a “arreglarles” el problema. Dijo que era abogado y que contra una pequeña suma de dinero los haría casar. Y así fue, después del sacrificio monetario que hubo que hacer, ambos firmaron, al fin, el acta matrimonial. Cómo lo hizo, no lo supieron, y no interesaba tampoco, lo importante era que ya estaban legalmente casados, y que ella, orgullosamente, y de ahora en adelante sería la señora “DE PÉREZ”, o sea, la “propiedad exclusiva y privada” de Fernando Pérez. Ahora sí, era “suyo” y, ella, “suya”. Habían acordado, además, que, por lo menos al inicio, no debía haber comunicación con su familia, porque conscientes estaban de su oposición, excepto una rápida llamada que ella hizo a su madre, para decirle que estaba con Fernando, que se había casado con él y que no la busque. La madre, desconsolada, no paraba de llorar, mientras don Perico enjugaba rápida y furtivamente sus lágrimas cada vez que pensaba en su hija, porque, claro, no es de hombres hacerlo. La pareja no dejó rastro alguno. Entretanto, Inés, a ratos, se arrepentía de haber dejado su casa, donde todo lo tenía y donde nada tenía que hacer. Eran las empleadas domésticas quienes se ocupaban de las cosas del hogar, mientras que, ahora, ella tenía que cocinar, lavar, planchar y todos los demás quehaceres a los que no estaba acostumbrada. Agregado a ello, lo que ganaba Fernando, como comisión, vendiendo bolígrafos de una conocida marca, era muy poco, por lo que la vida se le volvió muy dura. Además, ya el “embobamiento”, en la medida en que tenía que enfrentar las estrecheces de la economía, como que se le iba acabando, y cuando Fernando volvía de sus supuestas labores mercantiles, con los bolsillos casi vacíos, difícilmente podía ocultar su disgusto. Nueve meses más tarde advino al mundo Pedro Fernando. La humilde habitación que ocupaban en una casita modesta en Nobol, se llenó de los gritos del bebé que pedía alimento a cada rato, que ella no podía darle porque casi no tenía leche y la artificial, de tarro, era muy cara. A duras penas, habían podido comprar el ajuar y pagarle a la comadrona que la atendió en el parto con el producto de la venta de sus anillos, aretes y la cadena de oro que tenía puestos cuando huyó de su hogar. Duramente aprendió que, con solo amor no se podía vivir. Tan desesperada estaba que, un día, luego de mucho pensar, y sin decirle nada a su marido, que se había ido supuestamente a trabajar, resolvió llamar a su mamá. A doña Toya casi le da un ataque cardíaco al oír, al otro lado de la línea, a su adorada hija, por quien rezaba todos los días, pidiendo a Dios y a la Virgen María que se la devuelvan. En este momento voy a buscarte, le dijo, con voz quebrada, llorosa y emocionada. A quién vas a ir a buscar, le preguntó ásperamente el marido, que alcanzó a escuchar lo que ella dijo. A mi hija, respondió, con decisión la mujer. ¿A tu hija? ¿Qué hija?

A la única que tenemos le contestó ella. A Inés. ¿A Inés?, le replicó. ¡Inés se murió hace diez meses! Salió del dormitorio dando un portazo y se fue de la casa. ¡Ay, Dios mío!, y ahora qué hago, exclamó la mujer. No sabía qué hacer. Estaba entre su hija y su marido. Se sentaba en la cama, se levantaba, caminaba, volvía a sentarse. Lloraba. Pensaba... A todo esto, el teléfono seguía colgando del cable, moviéndose como si fuese un péndulo. Inés, del otro lado, tampoco sabía qué hacer, si cerrar o aguardar por un momento más, aunque se le hacía más larga la llamada de lo que había previsto y tal vez no le alcanzarían los centavos para pagarla en la tienda donde se lo habían alquilado por unos minutos. Resolvió esperar y se pegó al auricular, hasta que doña Toya, agarrando nuevamente el aparato, y mirando a la puerta, para ver si don Perico entraba para impedirselo, le dijo: Dame, por favor, la dirección exacta donde estás para ir a buscarte en este momento. Inés experimentó un alivio increíble y, estallando en llanto, después de pedirle perdón, le explicó cómo llegar al lugar donde se encontraba, y, lo que era más duro, confesarle que tenía un niño de un mes de nacido. Cuando doña Toya llegó a recogerla, casi pierde el conocimiento al verla tan delgada y demacrada y el humilde lugar donde se alojaba. ¡Qué había hecho este hombre de ella, cómo la tenía así, sufriendo y padeciendo penurias! Era sencillamente increíble. Con mucha ternura, cogió al bebé en sus brazos, -tenía ya tantas ansias de verlo-, lo envolvió bien en una sábana, mientras Inés metía las pocas cosas que tenían en su maletita, y se embarcaron ambas en el vehículo en el que había ido a recogerlos. Buenos días, niña, le dijo José, el viejo chofer de la familia. Buenos días, José, le respondió. Y empezó a recordar los tiempos felices de su niñez y juventud al lado de sus padres. Doña Toya no dejaba de mirar al niño y de intentar adivinar a quién se parecía. Casi no daba crédito a lo que estaba viviendo. Saber que su hija estaba viva, haberla recuperado, tener un nieto, y, ahora, enfrentar a su marido, para quien Inés murió el día en que se fugó, era realmente demasiado para que todo hubiese ocurrido en un solo día. Doña Toya no había podido siquiera mencionarla, porque él entraba en cólera y se desquitaba con ella diciéndole que no había sabido criarla, que, por su culpa, se había ido con el primer “mequetrefe” que había encontrado en el camino, que no la había aconsejado como debía haberlo hecho, y un sinfín de acusaciones más. Mientras, ella pensaba exactamente lo contrario: Inés había encontrado un escape y se fue con el primero que “le calentó la oreja” porque ya no soportaba la estrictez y severidad con las que Perico la trataba. Cualquier diversión le parecía mala y no la dejaba ir, ni a las fiestas de cumpleaños de las amigas, ni al cine, ni a ninguna parte. El único camino era de la casa al colegio y a la inversa, y siempre con el chofer.

Cómo conoció a este Fernando, seguramente, en algún descuido se lo presentó alguna compañera y se prendó del único que había tratado hasta ahí. Esa era la historia. No había otra. Y, en eso se encontraba pensando cuando se percató de que habían llegado a la casa. Inés, por su lado, tampoco había dicho una sola palabra en todo el trayecto. Tenía dos grandes preocupaciones: Fernando, su marido, y su papá. Cómo reaccionarían ambos ante esta tamaña decisión que acababa de tomar y ejecutar; la una, haberlo abandonado, y, la otra, volver a casa y, encima, con un hijo. José ayudó a las dos mujeres a bajarse del carro y sacó el liviano equipaje de Inés, mientras, doña Toya, con un ímpetu jamás visto en ella -porque, ahora sí, nadie iba a arrebatarle a su hija y menos a su nieto- tomó la delantera, y muy resuelta entró a la casa, no le importaba lo que dijese Perico. Y, Perico, al verla con el pequeñín en los brazos, se desarmó, rompió en inusual llanto y se abrazó de su hija, tan fuertemente que, con lo delgada, enclenque y esmirriada que estaba, casi la desbarata. Ésta, se colgó de él, lo besó tanto, como queriendo recuperar en un instante todo lo que en su ausencia había perdido... El perdón de sus padres, el retorno al hogar, la aceptación de su hijo, todo estaba bien. Pero, ¿y Fernando? ¿Cómo abordaría el tema? Él no va a tardar en llamar, preocupado, buscándola, porque no tenía otra parte adónde ir. ¿Y qué le va a decir? Sí, me fui, volví a mi casa, de donde nunca debí haberme ido, y menos en la forma en que lo hice. Ya tengo asegurado un albergue y la comida para el niño. Pero, ¿qué, nos vamos a separar? diría él. Tú regresas también a tu casa, porque yo ya estoy en la mía, le diría. ¿Y el niño? ¿Va a criarse así, sin la figura paterna al lado?, le preguntaría, seguramente. Porque de lo que no había ninguna duda es que, sus padres no iban jamás a consentir que él venga a casa, a “mesa puesta”, con “cama, dama y chocolate”. No, sería la respuesta, con certeza. ¿Y entonces? ¿Cómo hacer?, se inquiría a sí misma. Después de todo, él es el padre de su hijo y ella seguirá siendo su esposa. No es que haya dejado de quererlo, no. Tampoco se trata de que quisiera divorciarse. Él está pasando por una situación económica difícil, pero ya se arreglará, -olvidando que la situación difícil era de toda la vida, porque como dice el dicho “no hay peor ciego que el no quiere ver”-, eso era todo. Sí, pero, la crisis es de todo y de todos, en el país, en el mundo, él hace lo que puede, no hay trabajo, no lo encuentra, sale a buscarlo y regresa desalentado, no sale nada, nadie quiere comprar las dichas plumas, en fin, se dijo, será lo que Dios quiera... ¿Qué quieres, por Dios? exclamó su padre cuando se atrevió a hacerle la tamaña propuesta. ¿Que ese vago venga a vivir aquí a costa nuestra, a mi “mogolla”? Ya bastante hemos sufrido con tu ausencia, con todo lo que él hizo, abusando de tu inocencia. Yo no lo quiero ver “ni en pintura”. Nosotros nos hacemos cargo del niño y basta. No lo necesitamos. Que se quede muerto de hambre con su familia. Además, el bebé crecería con un padre ocioso que le daría

mal ejemplo. ¿Qué de bueno tiene ese tipo? ¿Qué le has visto y qué sigues viendo en él? ¿Dónde está tu inteligencia? No te educamos para que termines tan bajo. ¡Reacciona! Ese hombre no pondrá un solo pie en esta casa. ¡No, mientras yo viva! Y salió, dejándola con la palabra en la boca. Su padre no entiende, pensó. ¿Y cómo vivirá ella sin su Fernando? Y qué le dirá a Pedro José cuando ya hable y le pregunte por él? No supo qué hacer... Su madre, pensó, ella es más blanda, siempre fue así en contraste con su padre, como mujer me entenderá, a mí no me queda más, que, por el bien del niño, Fernando venga y se instale también a vivir aquí. No será por mucho tiempo, todo es cuestión de que él encuentre un buen trabajo, se establezca y haremos nuestro propio hogar... Con todos esos argumentos acudió a su madre. Ésta, con el alma hecha pedazos, la escuchaba, la entendía; a ratos, le daba la razón; a ratos, no. Si, por ella fuese, sí, es verdad lo que Inés dice sobre el niño, eso de que no viva con su padre no estaba bien; pero, por otro lado, Fernando no era para su hija, desde ningún punto de vista. Nunca lo aceptó, ni cara bonita tiene, pensó, pero ella se volvió loca por él. Sólo Dios sabe por qué. Finalmente, mirando con infinita tristeza al bebé, que lo tenía en su regazo, se levantó, abrazó a Inés, y le prometió que hablaría con su padre. Como tenemos que sufrir las madres, dijo para sí, guardando, una vez más, sus penas, sus temores y sus lágrimas. ¿Estás loca? Se escuchó en toda la casa. ¿Has perdido la cabeza? ¿Cómo se te ocurre? ¿Ese individuo, ese bueno para nada, alojarlo aquí? ¿No te das cuenta de que eso no puede ser? ¿Qué dirán los parientes? ¿Qué dirán los vecinos? ¿Qué dirá el barrio? Seremos el hazmerreir de todos, los de la comidilla. He trabajado tanto durante toda mi existencia para terminar manteniendo a un mequetrefe y en mi casa, agregé lleno de cólera. Estaba tan rojo que parecía que le iba a dar un “patatús”. El llanto del niño lo sacó de su ataque de casi histeria. Hacía mucho que no se escuchaba algo así en la casa. Perico lo miró, tan inocente, tan frágil, tan indefenso, tan con toda una vida por delante, que no quería desgraciársela, pensó. Entonces, dijo a su mujer, lentamente: Dile a Inés que llame al mequetrefe, que ya me ocuparé yo de él. Y ésta, refiriéndose a su hija, empezará a trabajar mañana mismo en la empresa, barriendo, recogiendo papeles, cualquier cosa, pero no quiero dos vagos y mantenidos ni mal ejemplos para la criatura aquí en mi casa. Y así fue cómo el “mequetrefe” se instaló en la casa de los Bravo. Don Perico, después de la perorata que le dio cuando llegó, lo puso a laborar en la compañía. Como el individuo no sabía hacer nada, de poco servía, y, por tanto, poco hacía. Entretanto, Inés se matriculó en el colegio, terminó su etapa secundaria y estudió contabilidad, que era la carrera más corta para poder emplearse y no ser una carga más para sus padres. Se esforzó mucho, y como había estudiado en un establecimiento bilingüe, muy bueno, dominaba el Inglés, de tal suerte que también ganaba algo más dando clases como profesora

particular. Entretanto, Fernando se conformaba con el sueldo mínimo que su suegro le pagaba por casi no hacer nada. Era más o menos como un “pipón” en la empresa. Con el tiempo, Inés se sintió en capacidad económica de comprar una casita, con préstamo bancario, y fue grande su alegría cuando pudo independizarse y tener un hogar propio para su niño. Con gran esfuerzo, y por mucho tiempo, la fue amoblando, adquirió un carrito que le permitía desplazarse con comodidad, habiendo colaborado sus padres también, tanto para la adquisición de la vivienda, como para la del vehículo. Poco a poco, se fue percatando de que todo lo que sus padres le habían dicho y decían respecto de Fernando era, por desgracia, cierto. Más aún, ni siquiera era buen papá. Muy poco se ocupaba del infante, al punto que era su abuelo, don Perico, con quien él tenía la confianza suficiente para contarle sus sueños, sus angustias, sus amores, y, en fin sus cosas de niño y luego de adolescente.

Fernando también estaba cada vez más distante, como que el amor se lo había llevado el viento con el tiempo. Poco hacían juntos. Cada uno hacía su vida como podía, y, eso, se dijo ella, veintidós años más tarde de soportarlo, no era vida, hasta que decidió ponerle fin al cuento. Así, se lo hizo saber. Al inicio, él se opuso, porque su principal preocupación era quién lo iba a mantener después. De qué y cómo iba a vivir. Nada más. El resto, -léase su mujer y su hijo- no importaba. Habiendo fallecido su papá, hacía unos pocos meses, no había problema con el alojamiento, porque podía mudarse a vivir con su mamá que estaba sola. Don Perico le pidió al abogado de la compañía que los divorcie por mutuo consentimiento y, cuatro meses más tarde, vino la sentencia por la cual dejaron de ser marido y mujer. Mientras esto se iba dando, -porque, eso sí, advirtió que él se iría cuando estuviese listo su cuarto en casa de su madre, al que había que hacerle algunos arreglos-, empezó el proceso de deprecación de la casa donde vivía con Inés y su hijo. Todos los días iba sacando algo, que si un cuadro, una cama que había en un cuarto de huéspedes, -porque no se usaba, según él-, veladores y lámpara incluidos; una cómoda, -porque no tendría dónde guardar su ropa-, una nevera pequeña, porque no había una donde su madre, una computadora, -regalo de Inés-, una caja de herramientas, -porque sólo él la utilizaba-, un juego pequeño de sala con dos poltronas de cuero y una mesita de madera de caoba, con incrustaciones en el centro, -porque era en ellas donde acostumbraba a sentarse para ver televisión-, una cafetera eléctrica, -a él le gustaba mucho tomar café-, una vajilla de porcelana completa y un juego de cubiertos de plata, herencia de los abuelos de Inés, pero que él necesitaba para comer; un óleo, grande, hermoso, traído de Florencia, regalo de don Perico, que sería para ponerlo en su sala; todo lo cual fue bajando día a día y a vista y paciencia de Inés, que atónita no se atrevía

a ponerle un alto, hasta que, cuando empezó a descolgar el otro cuadro florentino, Pedro, ya más alto que él, con aire decidido, frente a frente le dijo: ¡Un momento, papá, ni un clavo más!...

12



El Alcohólico

EL ALCOHÓLICO

Sebastián, de nacionalidad española, radicado en Quito, vivía, en pareja, con una chica de más o menos su edad, es decir, de unos veintidós años, de origen manabita. Ella no había tenido mayor roce social, ni menos experiencia en la vida, porque del hogar de sus padres se fue directamente a residir con ese extranjero, a quien poco o nada conocía, solamente atraída por su aire apuesto y hablar ibérico que conoció en la playa. El apartamento que él había tomado en alquiler, cuando llegó a la capital del Ecuador, estaba localizado en un sitio céntrico de la ciudad, de tal forma que le permitía comunicarse con gente importante, porque a él le gustaba mucho hacer vida social y conversar. No está demás señalar que era muy simpático y que, como tenía buen porte y caía muy bien, hacía amistades rápidamente. Al poco tiempo, Nancy se percató de que Sebastián sólo vivía del cuento, por lo que tuvo que dedicarse a trabajar mucho para poder mantenerse y, de paso, a él también, ya que no aportaba un real para nada. Como buen europeo, gustaba de beber vino con las comidas. Podía ser un litro diario. Al inicio, ella no le prestó la menor atención, porque siendo como se dice vulgarmente “pueblerina”, es decir, proveniente más o menos del campo y no de la gran ciudad, no tenía mayor noción de esta ingesta diaria y pensaba que, en el Viejo Continente, esto debía ser de lo más normal. Tanto y tan enamorada como estaba de él, que ella misma le compraba las pesadas botellas y se las venía trayendo del supermercado, incluso, a veces a pie y sin necesidad de que él se lo pida. Como ella iba a su trabajo, que pronto consiguió en un consultorio médico como recepcionista, no sabía lo que él hacía durante el día, en su ausencia. Llegada la noche, ella preparaba la cena, en la cual él consumía la otra mitad de la botella de licor que había quedado del almuerzo, y, pronto, se quedaba dormido. En algunas ocasiones, Sebastián la acompañaba a desayunar en una cafetería ubicada muy cerca de donde vivían. Ella pedía un café americano y una tostada con mermelada de frutillas, y él una tacita pequeña de café express con “chinchón seco”. No tenía idea de lo que esto era, pero sí se daba cuenta de que era alcohol lo que él ingería desde muy temprano en la mañana. Después, ella se iba al consultorio y él volvía al departamento. Así, transcurrió un año, durante el cual Sebastián no había hecho absolutamente nada para encontrar un empleo, pero, eso sí, se ausentaba de noche y volvía muy tarde, siendo esto, cada vez, más frecuente. A menudo, le decía que estaría de vuelta pronto para cenar. Las horas pasaban, la comida se enfriaba, y ella no comía, esperándolo, hasta que se iba a acostar con el estómago vacío. La sensación de soledad que experimentaba era, entonces, muy grande. Así, la relación se fue deteriorando más entre ellos, porque, mientras él no regresara, Nancy no podía dormir, pensando que algo malo

podría haberle ocurrido. Se quedaba tranquila cuando sentía que él llegaba, pero, tampoco podía descansar por el aliento a alcohol que expelía, los ronquidos que daba y los golpes que recibía de un brazo o de una pierna del borracho que estaba acostado a su lado, cuando pesadamente y, sin ninguna discreción, se movía. Horas más tarde, por supuesto, ya no podía ir con él a desayunar, porque era más un bulto tendido en la cama que otra cosa. No obstante, quedó embarazada. Esto sí que complicó enormemente la vida de Nancy porque no se lo esperaba. No supo cómo pudo suceder, puesto que había tenido mucho cuidado en su prevención natal, ya que era evidente que las cosas no andaban bien con Sebastián, y que la única que aportaba para el vivir diario de ambos era ella. No quería contar a sus padres sus problemas. Ellos eran bastante mayores como para preocuparlos. Tampoco en Quito tenía amigos a quienes confiar sus desdichas, menos en el consultorio, de modo que todas sus angustias tenía que manejarlas sola. A veces, observaba, con inquietud, que el rostro de Sebastián estaba como desencajado y que la nariz la tenía muy roja.

Viendo un programa en la televisión, escuchó que hablaban del alcoholismo y sus síntomas, por lo que empezó a sospechar que podía tratarse de eso. Se puso a investigar y averiguó que se considera alcohólico social a aquel que bebe todos los fines de semana. Ante esta afirmación, se espantó, porque su marido bebía muchísimo más que eso, o sea, diariamente. Además, supo que era una enfermedad y que se la consideraba tratable, pero que requería, primero, del reconocimiento de la persona, de que, efectivamente, estaba enferma, y, segundo, la voluntad de curarse. También se enteró de que había una entidad que se llamaba Alcohólicos Anónimos, donde le podrían prestar ayuda. Entonces, creyó oportuno tratar este tema con él, más todavía porque pronto nacería el bebé, y, por otro lado, le preocupaba que presentase algún defecto, producto del alcohol que tomaba su padre sin medida. Escogió el momento apropiado para hablarle, un sábado, mientras almorzaban, y, él sin dejar de tomar el “elixir de los dioses”, le confesó que era adicto al alcohol desde los catorce años. Su padre, en España, solía tener lo que él llamaba “la hora del whisky”, que consistía en que, a las once de la mañana, se lo servían en un vaso largo con un poco de hielo. A él, que era el menor de cinco hermanos, el padre ordenaba que le pongan, en un vaso similar, aproximadamente, un dedo del mismo y agua hasta llenar tres cuartos del recipiente, con unos trozos de hielo. En la comida del medio día, lo propio, pero, en vez del Scotch, vino, pudiendo comenzar con Jerez, o rosado, para el aperitivo, blanco si se trataba de mariscos el primer plato y, tinto, si el fuerte era carne roja, naturalmente. Después, venía la ingesta de un “bajativo”, y, si era invierno, una copa de Cognac o de Armagnac, que se calentaba en un aparatito donde se ponía la copa especial para el efecto y se la hacía rotar lentamente.

Cuando a Sebastián le tocó ir a la universidad, tuvo que mudarse de ciudad y, ahí, por supuesto, lejos de sus padres, y sin control alguno, se juntó con otros buenos para el “cachondeo” y, acostumbrado como ya estaba a beber todo el vino que quería, siguió haciéndolo en mayor proporción. Demás está decir que, en esas circunstancias, nunca aprobó las materias y, por tanto, nunca se graduó de médico, como era la aspiración de sus progenitores. En la esperanza de que, cambiando de ambiente y de amistades, el joven podría dejar la adicción y labrarse un futuro promisorio, lo mandaron a Ecuador, donde unos amigos de su papá que le prometieron darle empleo. Pero, una vez aquí, la oferta no se cumplió, y anduvo un poco por todas partes hasta que se encontró con Nancy. Su madre le mandaba mensualmente una cantidad de dinero -hasta que pueda mantenerse por sus propios medios- que él le entregaba para que pague la renta del departamento, siendo ésta equivalente al valor del envío. El mismo día, a la noche, él le pedía que se lo devolviese. Ella le recordaba que, con eso, se pagaba el alquiler; que lo que ganaba no alcanzaba para hacerlo, y que ese era el compromiso que él había adquirido para poder vivir los dos juntos. Entonces, comenzaba el martirio. Dame el dinero que me mandó mi madre, le decía, mientras ella, cansada de repetir la misma historia, no le contestaba, pero él la seguía por todos los sitios, hasta en el baño, con la misma demanda, hasta que, horas más tarde, terminaba por claudicar, a punto de volverse loca, y se lo daba. Tan pronto como lo recibía, se iba, y, cuando regresaba, a la madrugada, por supuesto, estaba totalmente ebrio y sin un centavo. Así, los problemas iban aumentando porque había que llenar el hueco financiero, lo cual cada día era más complicado. Nancy pensó que, con el nacimiento del niño, su marido iba a ser otro, que se haría responsable al saber que tenía un vástago a quien debía alimentar y cuidar. Pero, no fue así, al contrario, cada vez bebía más y más, no había dinero que alcance, porque, obviamente, los gastos se incrementaron considerablemente, debido a que, incluso, tuvo que contratar a una niñera para que cuide del niño. Y, él, por su parte, no sólo que le exigía que le devuelva lo que venía de España, sino que, además, ella tenía que darle todos los días para que compre las botellas de vino, o de cerveza, que le salían más baratas. Si no lo hacía, se ponía agresivo. Nunca llegó a maltratarla físicamente, pero no faltaron las amenazas. Las escenas que se producían entre los dos eran cada vez más violentas, porque ella también ya casi perdía la cordura y, poniéndose a la misma altura de él, borracho o no, también gritaba, por lo que, Adrián, para ese entonces de dos años, hacía lo propio, sin entender lo que ocurría a su alrededor. Un domingo, Nancy estaba en la cocina, preparando el desayuno, cuando oyó que el niño la llamaba con desesperación. Salió precipitadamente para ver lo que ocurría. Adrián tenía en sus manos una botella grande de cerveza Pilsener, que la había tomado, sin duda,

del velador que tenía su padre al lado de la cama. Como la botella era pesada, el niño no podía cargarla y estaba a punto de caérsele, y, por eso, solicitaba auxilio desesperadamente. Esa fue la gota que derramó el vaso. Adrián iba a crecer con las malas costumbres de Sebastián y se iba a hacer alcohólico como él. Lo que estaban viviendo los tres era insoportable. Le debía dinero a todo el mundo, ya no tenía a quién pedirle prestado, todos la llamaban para cobrarle. En el trabajo, ya no podía pedir más anticipos. En fin, la situación era tan crítica que, a más de perder la razón, iba a perder a su hijo. Esperó la noche, y cuando Sebastián se fue, como de costumbre, cerca de las ocho, cogió al niño, la pañalera y su cartera y se fue. Quería que todo quede atrás. Ni un buen recuerdo siquiera. Sebastián nunca supo qué pasó con su mujer y su hijo. Después de todo, ni falta que hacía, dijo, cuando llegó, ebrio como una cuba, y se echó en la cama cuán largo y pesado era...

13



El Padrastro

EL PADRASTRO

Esteban y Rosaura se conocieron a temprana edad, se enamoraron y formaron una linda familia, con tres hijos. Dos de ellos se fueron al exterior, y, aquí, quedó una, la menor, a quien siempre mimaron y protegieron como que si nunca hubiese crecido. Angélica, la que permaneció con ellos, se casó y tuvo cuatro niñas y un varón, pero, su matrimonio terminó y los chicos, pequeños todavía, quedaron bajo su guarda. Ante esta calamidad, Esteban y Rosaura le advirtieron que la ayudarían con los gastos de la familia, pero que tenía que culminar su carrera de dentista, que la había dejado a medias por dedicarse por entero al hogar; debido a que no vivirían por siempre para poder mantenerlos. Con mucho esfuerzo, ellos compraron un terreno en una buena zona de Manta, y, mandaron a construir una villa de una planta, lo suficientemente cómoda como para que su hija y nietos viviesen en ella, cada uno en su propia habitación. Era la casa de los sueños de todos, porque cada uno puso sus ideas para que quedara a su medida. Todo iba muy bien, lejos de los conflictos con el ex marido, quien veía a los chicos de vez en cuando. Hasta que, cuando el menor tuvo cinco años y la mayor doce, Angélica conoció a un hombre, del cual se prendó desde el primer momento en que lo vio –nadie nunca entendió por qué- y lo llevó a vivir a la casa fruto del sacrificio de sus padres. Y ahí comenzaron los problemas. Para empezar, no sólo que no fue solo, porque trajo consigo, además, a sus tres vástagos, producto de una unión anterior, sino que, ella nunca preguntó a sus hijos, -al menos, a los más grandes-, lo que iba a hacer y permitir. Tan pronto como Kléber llegó, lo primero que hizo fue ordenar que cada una de las chicas, en sus respectivos dormitorios, alojaran a sus hijas, con lo cual, evidentemente, todo se trastornó. De golpe y porrazo se acabó la paz en el hogar: Las chicas, acostumbradas a su privacidad y a no compartir con nadie su hábitat, obligadamente tenían que hacerlo con una persona totalmente extraña y con caracteres absolutamente incompatibles. El desorden imperaba por doquier, las recién llegadas no sólo que cogían las cosas de las dueñas de casa y las revolvían, dejándolas fuera de su sitio, sino que las usaban sin pedir permiso. Tampoco empataban en las horas de acostarse y de levantarse para ir al colegio, lo cual mermó el rendimiento de las afectadas. La hora de comer se tornó en una feria. Las recién llegadas no tenían los mismos modales que las otras y hacían lío por todo en la mesa, con lo cual eran espacios de conflicto, de lo cual una o algunas terminaban llorando. Cuando Angélica intentaba poner un poco de orden o de calmar las cosas, tanto sus hijas como las hijastras se iban en su contra, convirtiéndose en árbitro el también recién llegado, Kléber, quien, a gritos, pensaba que iba a dominar a las fieras, agravando la situación. Esta se tornó más insoportable cuando se declaró dictador en un

territorio que no era el suyo. Mandaba a callar a las chicas, sin miramiento alguno, y, por supuesto, sus hijas siempre tenían razón y las mal educadas y egoístas eran sus hijastras. Cuando recién llegó, él trabajaba en una fábrica y ayudaba al mantenimiento del hogar. Nueve años más tarde perdió el empleo y, a más de ser una carga adicional, él y su prole, para Angélica, que poco ganaba, el hecho de quedarse todo el tiempo ahí terminó de volver la trastornada vida de los Castro en un infierno. Al comienzo, Julián, el hijo de Angélica, pensó que podía encontrar en Kléber el padre cuya presencia le faltaba y trataba de establecer y mantener una buena relación con el personaje. No obstante, su mal carácter y la poca educación que tenía, que contrastaba con la que había estado acostumbrado a ser tratado, tanto por sus abuelos como por su madre, hacía que los momentos en que compartían juegos o cualquier otra distracción se volvieran ásperos y desagradables. La adolescencia de las hijas de Angélica fue entonces tormentosa, con un padrastro controlador, que ya no trabajaba, que no respetaba a nadie y que gritaba desafortunadamente todo el día. Ella se encontraba en la mitad. Por un lado, eran sus hijos, y, por el otro, era este hombre, de quien todavía estaba enamorada. Entonces, llegó un momento en que las chicas resolvieron decir a su madre y a sus abuelos que se iban de la casa. Esto fue como si un peso de mil toneladas les cayera encima. Cómo podría ser que mis hijas me dejen, decía Angélica, y, los padres de ésta, se preguntaban, a su vez, cómo podría ser que sus nietas tengan que abandonar la casa que habían mandado a hacer con tanto cariño y sacrificio para ellos, porque unos extraños se habían apoderado de ella. Esto era realmente inverosímil. Las chicas habían encontrado la solución a sus problemas, es decir, dos de ellas iban a vivir juntas y las otras dos, cada una por su lado, aunque siempre se mantendrían unidas y se ayudarían mutuamente. Era muy penoso y lamentable pensar que tenían que alejarse de su madre, a quien tanto querían, y dispersarse, cuando la idea de los abuelos, al hacer la edificación, era justamente para que todos estén siempre juntos. Julián, el menor, también quería irse, pero, tenía que quedarse solo, sin sus hermanas, a quienes era muy pegado, aguantando al padrastro, porque, como tenía quince años, no podía ir a ningún sitio, ni siquiera donde su papá, debido a que éste no tenía ninguna posibilidad de alojarlo. Muchos traumas había sufrido, desde antes del divorcio de su madre, y, después, con la llegada del padrastro y sus hijas, y la mala convivencia. Separarse de sus hermanas era también demasiado triste. Para cualquier tercero que examinara objetivamente la situación, la solución lógica era que Kléber coja sus hijas y sus bártulos y desaloje la vivienda ajena, donde nunca debió haberse metido. Sin embargo, para la otra parte de la relación, es decir, para Angélica, las cosas no eran tan blanco y negro. Esteban y Rosaura pidieron hablar con ella cuando sus nietas les contaron la decisión que habían tomado. Sentían un dolor muy profundo

porque era evidente que toda su familia, a la que tanto habían protegido, se iba a desmoronar. La reunión se dio en un lugar lejano, donde nadie pudiese escucharlos. Cada uno de los chicos expuso su punto de vista. Todos coincidían en que el único culpable de todo era Kléber; pero, al mismo tiempo, decían que respetarían la decisión que tome su mamá. Que ellos no querían que se separe de él, que algunas cosas buenas tenía; que lo único que deseaban era que ella sea feliz, y que lo que ellos necesitaban era tener paz y tranquilidad para desenvolver su existencia. En este punto, Esteban puso a Angélica contra las cuerdas. Como si todavía tuviese dieciséis años, le dijo: Ese tipo tiene que irse de la casa. Dale setenta y dos horas para que se marche y punto. Tienes que escoger entre él y tus hijos. Así, todo seguirá igual y nadie tendrá que salir a ninguna parte. Angélica mantuvo silencio. Rosaura también. La mayor de las hijas se levantó y tomó nuevamente la palabra: Abuelito, nosotros ya dijimos que nos vamos de la casa. Ya no aguantamos más... Pero, ¿adónde se van a ir?, preguntó. Esa casa la hicimos para ustedes, para que siempre estén con su mamá, no para que vengan otros a mesa puesta y ustedes les cedan el puesto... Abuelito, reiteró la chica, nosotros ya estamos decididos. Por último, venda la casa, y, si quiere seguir ayudándonos, nos presta un poco de dinero y cada uno comprará algo a su gusto. Ya estamos crecidos, ya nos dieron lo más importante que es la educación y nosotros sabremos salir adelante. Después veremos cómo le devolvemos lo que nos daría en préstamo. Lo único que queremos es poner tierra de por medio. Se están destruyendo nuestras vidas... Y si se vende la casa, -al fin abrió la boca Rosaura-, qué va a ser de Angélica, dónde va a ir a habitar con Julián. Este, que había permanecido mudo durante todo el tiempo, pese a su corta edad, dijo: Pero, abuela, ¿no te das cuenta de que mi madre no ha dicho una sola palabra? Si no ha dicho nada, significa que nuestro padrastro está por encima de nosotros y de ustedes... Angélica no supo qué decir y las lágrimas comenzaron a bañar profusamente sus mejillas. No cabía duda de que todavía seguía queriendo al intruso, padrastro de sus hijos....

14



El Emigrante

EL EMIGRANTE

El gran sueño de Violeta era ir a vivir a los Estados Unidos de América. No tenía parientes allá, sólo una amiga muy querida y nadie más, que moraba en el Bronx del Estado de Nueva York. Tampoco hablaba Inglés, pero, estando en el sitio, lo aprendería, se decía, por lo que, eso, desde luego, no era un problema, tantos miles migran sin dominar siquiera su propio idioma. Sus padres, muy modestos, por cierto, la escuchaban y le decían que el que sueña y persevera alcanza lo que quiere, pero que tendría, además, mucho que trabajar para reunir platita para poder comprar el pasaje e irse. Y eso sólo se conseguía estudiando. Que podía soñar sí, pero, para que se haga realidad debía luchar y obtener primero su título de secretaria. A los dieciséis años se enamoró perdidamente de un joven que vivía en el mismo barrio y, como él le correspondía, empezaron a salir juntos. Walter, que así era el nombre del Romeo, no tenía, como decía la madre de Violeta, “ni oficio ni beneficio”, por lo que la aconsejaba diciéndole que no le convenía y que busque otro mejor que ese. Sin embargo, para ella, esto carecía de importancia. Lo bueno es que él también compartía su sueño de irse a vivir a los Estados Unidos y ambos se irían a buscar fortuna. En el gran país del norte podrían trabajar y comprarse una casita, de esas que veían en las películas que pasaban por la televisión.

Cuando Violeta terminó su etapa de colegiala se puso a trabajar para empezar a ahorrar un poco de dinero. La idea era emprender el viaje una vez que hubiese reunido lo suficiente para pagar los boletos y le sobre algo que le permita atender los primeros gastos. Después de un año, aproximadamente, salió embarazada. Ella vivía en su casa y Walter, en la suya. La pareja, a pesar de la no convivencia, reñía constantemente. Él la gritaba y la maltrataba y, por último, le dijo que abortara, que él no quería tener hijos y que esa criatura no le iba a robar el sueño de irse a vivir fuera. Ella, muy católica, consultó con sus padres, y, estos, por supuesto, se opusieron, alegando que era un crimen, de tal forma que Violeta continuó con su gestación hasta que dio a luz a Felipe. Walter nunca quiso saber nada del niño. Tampoco aportó con un solo centavo para los cuidados prenatales menos para el parto, ni para nada. Ni un solo pañal. Los fugaces encuentros de los dos terminaban siempre en peleas. No sirves para nada, era lo que siempre comenzaba diciéndole. Los abuelos maternos se hicieron cargo del bebé, librando así al progenitor de sus responsabilidades, de las cuales huía como la bala verde. En cierta ocasión, Walter le propinó a Violeta tal golpe en la cara que la mandó al suelo, en la mitad de la acera. Vecinas caritativas la levantaron y le prestaron los primeros auxilios, porque quedó desmayada, inerte, en el piso. Lo más

incompresible era que, viviendo separados, la relación continuara no obstante la violencia con la que trataba el hombre a la mujer y la ninguna atención al niño. Felipe crecía teniendo como imagen paterna al abuelo, y, a la abuela, más o menos como su madre, porque ésta, empeñada en alcanzar el famoso sueño americano trabajaba fuera de sol a sol. Cuando llegaba a la casa, ya la abuela se había ocupado del nieto y Violeta no tenía ninguna paciencia para soportar las rabietas del niño o sus llamadas de atención, que las hacía de diez mil maneras. Violeta gastaba parte de su sueldo en vestir al hombre de su vida, camisa, pantalones y zapatos de buena marca no faltaban en el ropero de éste a costa de ésta. Así pasaron algunos años hasta que, en un momento, ambos resolvieron que lo mejor era que viviesen juntos, para que Felipe conozca bien a su padre, a quien casi casi no veía, y su situación de pareja pudiese mejorar. Pero, fue peor. El convivir -por supuesto donde los padres de ella- resultó una tortura para todos. Como Walter era mujeriego y llegaba a la casa-, cuando se aparecía- con la ropa oliendo a “leña de otro hogar”, como dice la canción, Violeta, que, por lo demás, era extremadamente celosa, sin importar que era de madrugada y que despertaría a todo el mundo, incluidos los vecinos, lo increpaba y reclamaba a gritos. Él, que tenía su dosis de agresividad aumentada por el alcohol que tomaba regularmente, después de gritarla también, terminaba golpeándola. Al día siguiente, los dos salían cogidos de la mano, como si nada hubiese pasado. Transcurrido un año, se fue de la casa aduciendo que estaba cansado de los celos de su mujer. No obstante, cosa por demás extraña, la relación continuó tal cual. En ese son, pasaron seis años, los suficientes como para que ella hubiese reunido el dinero para irse los tres en búsqueda del “sueño” hecho obsesión. Consiguieron la visa de turista y se fueron. Llegaron a casa de la amiga del Bronx y, como era de esperarse, las escenas de agravio y de violencia no tenían por qué desaparecer. Él consiguió un trabajo en una empresa de transportes, subiendo y bajando bultos. Ella no podía encontrar empleo, amén de que no tenía con quién dejar a Felipe. Sus padres tuvieron que mandarle regularmente un giro para que puedan, al menos, alimentarse, visto que Walter seguía sin aportar un centavo, y debía pagar la renta de la pieza que tomó en alquiler, porque la amiga de Violeta terminó echándolos de su hogar por los escándalos diarios y las incomodidades que causaban. “El muerto y el arrimado apestan” le había advertido su mamá. Dos meses después, Walter dijo que no la soportaba ni a ella ni al niño, y que, por tanto, se mudaba donde un pariente lejano. A los seis meses de llegados, las tres visas caducaron, lo que significaba que los tres estaban ilegales. Y, ella, para remate, por los síntomas que presentaba, de náuseas, somnolencia, fatiga, y ausencia de menstruación, empezó a sospechar que estaba nuevamente en estado de gravidez. En la farmacia adquirió un producto que le confirmó la sospecha.

“Éramos muchos y parió la abuela”, pensó. ¿Cómo comunicaba esta noticia a Walter y a sus padres? ¿Cómo iba a hacer con otro chico más si con uno no podía? Y, para colmo, en tierra extraña. Todo lo que había soñado se venía abajo, no estaba Walter; no tenía trabajo, ni dinero; no tenía “nadita de nada”. Nunca estuvo de acuerdo con eso de que “todo niño viene con un pan bajo el brazo”, porque aquí no tenían ni para los que estaban. No le quedó más que armarse de coraje y llamar a Walter. Después de todo, él era el padre, él fue quien lo engendró. Y, lo llamó. Tuvo que insistir varias veces para que, al fin, le contestase. Tengo mucho que hacer, empezó diciendo. ¿Qué quieres? Nada, le respondió. Que estoy encinta. ¿Encinta de quéee, de quiéeeen...? A gritos. De ti, de quién más, alcanzó a decir antes de que se escuche el sonido del teléfono que había sido colgado... Sintió una desesperación sin nombre. A Walter no le gustaba usar condón, ese era el problema. Y, ella, por supuesto, se dejaba vencer por la tentación. No había otra explicación. No le quedó más que llamar a sus padres y darles la mala nueva. ¿Cómo decirles? Tanto la habían aconsejado y tanto se habían sacrificado por ella y, después, por el niño, que realmente sentía que ya no le quedaba más vergüenza en la cara para pedirles auxilio una vez más. Cuando se enteraron de la complicada situación de su hija, ambos se quedaron sin habla. No podían imaginar tanta torpeza, puesto que, para otras cosas, siempre había parecido como inteligente. Insultarla, gritarla, maltratarla por teléfono, no cabía. No les quedaba otra opción que decirle que se regrese, que aquí estaba su hogar, y que ellos siempre la acogerían. Pero, el problema era que no podía viajar en ese estado, ninguna aerolínea la iba a coger. Entonces, debía posponer el retorno hasta que nazca la niña. ¿Y dónde? ¿Cómo pagar una maternidad con los bolsillos huecos? Unos conocidos le informaron que había una institución que, caritativamente, se ocupaba de personas indigentes e indocumentadas, como ella, por lo que acudió a ese centro y la admitieron para el día en que tenga que dar a luz. Pero, ¿con quién dejaba a Felipe mientras estaba hospitalizada? No tuvo más que llamar a la amiga del Bronx para pedirle ese “último favor”. Ésta, a regañadientes, aceptó, de tal manera que fue a buscar a Felipe el día en que Violeta iba a ingresar a la clínica. Le dio mucha pena verla muy flaca, más de lo que era normalmente, y más tristeza le dio todavía cuando vio las condiciones tan miserables en las que vivía, si eso se podía llamar vivir. Nació una niña a la que llamó Ensoñación. Posiblemente, era un nombre escogido como derivado del “sueño” que en pesadilla se le convirtió en los USA. Ahora, la situación era mucho más trágica que antes, debido a que había otro que mantener fuera de la barriga. Lo peor era que, si con uno era difícil encontrar empleo, peor con dos. Tampoco es que había podido estudiar inglés como para pasar del “Okay”, y Walter, -el responsable de sus desdichas, según ella-, seguía sin dar señales de

vida, porque no contestaba el teléfono y tampoco sabía dónde se encontraba. Un mes más tarde, consideré oportuno el regreso a su país natal, con el “sueño americano” sin alcanzar, “desbancada” totalmente y dos criaturas a cuestras. Y ahí comenzó el último capítulo vivido en el país del norte. Ensoñación fue inscrita por ella tan pronto como nació en el hospital. La niña era americana -al menos eso, se dijo- y también en el Consulado Ecuatoriano en Nueva York. Pero, ahí le informaron que para que los niños salgan del país necesitaban la autorización del padre, quien no aparecía por ningún lugar. ¿Cómo se marchaba? Trató de localizarlo por todas partes, buscándolo en el vecindario, porque pensaba que no habría ido muy lejos, preguntando a los pocos amigos de él que ella conocía. Nada, se lo había tragado la tierra. Con la familia “política” nunca tuvo una buena relación. Al contrario, la madre de Walter no la quería. Pero, se imaginó que ella sí tendría contacto con su hijo, por lo que decidió llamarla por teléfono para contarle su tragedia, que le ablande el corazón al hijo y le permita sacar a los niños del ahora país de sus desgracias. Naturalmente que doña Gloria en ningún momento se portó afable con ella y le dijo que no sabía nada de Walter y que lo dejara en paz. Ante ese “planchazo”, le rogó a su madre que vaya a convencer a la buena señora de que le diga al hijo que firme el permiso de salida para poder volver. Luego de muchos intentos y ruegos, casi de rodillas, porque doña Gloria perjuraba que no podía localizar a Walter y que por culpa de ellas lo iban a deportar, porque, además, “se le salió decir” que temían que Violeta lo denuncie por ilegal, “lo metan preso” y lo manden de vuelta al Ecuador, en el momento en que sepa su paradero. Lo que no sabían era que a Violeta jamás se le cruzaría por la cabeza hacer tal cosa, porque, en el fondo, lo seguía queriendo, por absurdo que parezca, y, tampoco perdía las esperanzas de que siguiendo él allá, un día, los lleve de regreso a compartir el tan ansiado “sueño americano”.

Lo cierto es que, al fin, Violeta pudo volver al Ecuador, con su prole a cuestras, luego de que el engendrador consintió en ello. Aquí debió acabar este cuento. No obstante, en vez de un punto final a la historia debemos ponerle un punto seguido, porque la protagonista continuó fabricando su propio drama. Retornó, por supuesto, a casa de sus padres. Consiguió trabajo como dependiente en un bar escolar y empezó a ahorrar un poco de dinero. Contrató un abogado para que suspendan la patria potestad que ejercía Walter sobre los niños y así poder tener su representación y llevarlos de regreso a los Estados Unidos, sin tener que contar con su consentimiento. Se suponía que la relación con él había terminado. Pero, en una de las audiencias habidas durante el proceso, la defensora de éste ingresó al expediente unas fotos de WhatsApp en las cuales aparecía ella enviando mensajes de amor al susodicho, para asombro de todos. Con la sentencia a su favor, ante la

incredulidad de su madre -el padre ya había fallecido- compró el pasaje de vuelta al país de sus pesadillas y se fue, dejando a sus hijos, -para esa época de tres y catorce años-, con la abuela. Luego, contó que, por casualidad, se encontró con Walter en el metro, en Nueva York; que éste tenía una nueva pareja y que lo veía en los fines de semana, y empezó a torturar a su madre para que embarque a los nietos en un avión para que Felipe, quien no quería de ninguna manera correr otra desventura, cuide de su hermana pequeña mientras ella atendía su trabajo...

15



Los Esclavos

LOS ESCLAVOS

Un día, sentados alrededor de la mesa de un bar, se hallaban festejando unos amigos la partida de uno de ellos que se iba, -al decir de los demás- al país de los esclavos. Esa broma significaba que, como iba a contraer matrimonio, dejaría de ser libre para convertirse en un siervo, no de la gleba, como pensaron unos, sino de su futura esposa. ¡Cómo pudieran pensar tamaña cosa! comentó el hasta esa fecha soltero. Soy el ser más feliz de la tierra. La que va a ser mi mujer es una persona muy agradable, instruida, educada, muy guapa, de buen cuerpo, de padres adinerados y de buen vivir. ¿Para qué quiero más? les preguntó Víctor. Lo que pasa es que ustedes son unos envidiosos, que no creen que uno sea capaz de conquistar algo así y para siempre... ¡Un momento!, reaccionó Luis, de más o menos treinta y cinco años, nadie puede envidiar una vida de esclavitud, que es la que te da el matrimonio, una vez "cazado", digo bien, con "z", pierdes la libertad total. ¿Crees tú que tu mujer -muy modosita, por cierto, que parece que no quiebra un plato- te va a permitir que vengas a divertirme sanamente con tus amigos, como lo estás haciendo ahora? Víctor no alcanzó a responder, cuando Anastasio se puso de pie, y, alzando la copa de vino tinto, expresó, medio en serio, medio en broma: Yo quiero brindar por ti, por tu libertad de ahora y por la que alcances después de que hayas roto tu vínculo matrimonial. Así es, dijo, a su turno, Fabricio, me uno a ese brindis, ¿no te das cuenta, mi querido "Boboncio", que entre los que estamos aquí, los que no están divorciados, están separados? ¿Cuántos somos? Trece, se escuchó desde la punta de la mesa, donde estaba sentado Ricardo, que también se incorporó, -a pesar de los demasiados kilos que soportaba su cuerpo-. Y ninguno pasa de los cuarenta, agregó, alzando la copa. Y, de estos, añadió Federico, hay 6 del primer grupo y 5 del otro. ¿Te das cuenta? ¡Casi toodos! El único que parecía inteligente, eras tú, Víctor. Yo, cuando me casé, comenzó a decir Hernán, tan embobado como estaba por mi novia, accedí a todo lo que ella me pidió, comenzando por las capitulaciones matrimoniales, con lo cual, luego me di cuenta de que ni un centavo del dinero que ella tenía sería mío. Tengo dos hijos, si no les paso la pensión, me mete preso, y, encima, ahora estoy viviendo en un cuarto chiquitito, porque me dejó más pelado que la pepa de guaba. Todo lo perdí. Con tal de que me deje en paz, le firmé lo que su abogado me puso por delante. Y qué me dices a mí, exclamó Julio, tengo puesta una prohibición de salida del país. Es una medida cautelar que mi ex pidió a la jueza que me la impusiera al momento de presentar la demanda de alimentos. Lo peor es que hasta sospecho que ese hijo, que ella dice que es mío, no lo es, porque, no ha mucho, descubrí que mi contador tiene un lunar muy parecido al de mi supuesto hijo en el brazo derecho, en el mismo lugar, de la misma forma y del mismo tamaño que él lo tiene. O sea que,

encima, ¡cornudo! ... Sí, dijo Ezequiel, que estaba a su derecha, también con la copa en alto, cachudo, y, tras cuernos, palos, porque lo que ustedes no saben es que Julio estuvo preso de viernes a lunes, de la última semana del mes que pasó. Eso no lo ha contado por vergüenza, pero yo soy testigo, porque fui quien lo sacó de la cárcel. Efectivamente, replicó Eduardo, -que hasta ahí no había podido tomar la palabra, tan frenéticos estaban todos queriendo contar sus historias-, yo tuve que facilitarle tres mil dólares -a propósito, ¿cuándo me los pagas?-, porque, si no, nunca iba a dejar ese hotel de cinco estrellas, añadió burlón. La verdad, dijo Emanuel, yo no sé quién inventó el matrimonio, para ir a pegarle. Síiii, asintieron los otros... Te casas con muchas ilusiones, comenzó a decir lentamente Roberto, el quizás más tímido del grupo. Como que le costaba trabajo expresar lo que sentía. Se lo veía con mucha tristeza. No sabían los compañeros si las lágrimas que parecían a punto de escapar de sus ojos eran porque había bebido mucho o porque el dolor que experimentaba era inmenso. Poco a poco, se fueron los otros sentando, para permanecer atentos a lo que Roberto decía. Mi mujer, -digo mi ex mujer-, me quitó mis hijos. No puedo verlos, ni siquiera me es posible hablar con ellos por teléfono. Ustedes saben que son pequeños todavía, de tres y cinco años. Los adoro. Los extraño... La voz se le iba quebrando a medida que iba sacando lo que llevaba dentro del alma. Ustedes no pueden imaginar la tragedia que estoy viviendo. No ver a mis hijos, a mis niños... Es como que me hubiesen quitado parte de mi vida. Le imploro, le suplico a esta mujer que me los deje ver y se niega, no quiere escucharme, ha sacado una boleta de auxilio y no puedo acercarme a la casa porque me detiene la policía. Y sé, por la niñera, que los niños también están tristes, que preguntan por mí a cada rato. ¿Cómo es posible que haya leyes tan duras, que se piense que nosotros, los varones, no tenemos sentimientos, que no queremos a nuestros hijos, que sólo somos unos simples proveedores, que únicamente servimos para fabricar dinero y nada más? Cuando vas a las audiencias, en los juzgados, lo único que te preguntan es cuánto vas a pasar de pensión. Nada más. Nadie piensa cómo vamos a hacer para que los padres veamos a los chicos, y podamos acariciarlos, compartir con ellos. Ah!, te contestan los jueces, si te atreves a preguntar por la regulación de las visitas al momento en que se fija la pensión, eso es motivo de otro proceso, no en este rato... Se puso pálido, se sentó y no dijo más... Gerardo, que lo había estado escuchando atentamente, como los otros, con los ojos húmedos, dijo: Es verdad, a mi hermano le ocurrió lo propio. Más de un año tuvo que estar detrás del abogado para que, al fin, se regulen las visitas. Victoria pírrica fue, porque la mujer sigue empeñada en no dejarlos ver, como que si los niños no se afectaran. No se dan cuenta de que los pequeños también sufren, que desean ver y compartir con su padre, que necesitan una identidad paterna, sobre todo los varones. Ella pone cualquier

pretexto para impedir las dichas visitas, sólo en sábado y domingo, y a determinadas horas. En lo mejor de la diversión, tienen que emprender el camino de regreso porque toca devolverlos a una hora fija. Y eso es una tortura para él, porque desde que los recoge empieza a mirar el reloj, contando en retroceso. Eso es terrible, acertó a decir Paco. No me gustaría pasar por esos trances; hasta aquí, felizmente, me entiendo bien con mi ex cónyuge, espero que no se le dañe o le dañen el alma. Pero, de todos modos, eso no es sano para nadie. Yo pienso que hay muchos trastornos de personalidad que se producen en las personas derivados de los padecimientos, como éste, en la infancia. Los psicólogos debieran de averiguar e ir atrás en la vida del sujeto cuando se pone violento o agresivo. Probablemente, las raíces pudieran estar en los primeros años o en una adolescencia infeliz... Dicho esto, le dio una palmadita en la espalda a Roberto y se sentó. Entonces, Manuel, de contextura bastante corpulenta, que casi no entraba en la silla, y había estado atento a lo que los demás decían, tímidamente se incorporó del asiento, más por compromiso, que por otra cosa, ya que solamente faltaban tres, con él, por expresarse, y, con la cara compungida, queriendo esconder la vergüenza que sentía por lo que tenía que contar, sin poder mucho disimularla, dijo, poniendo la copa sobre la mesa: Nosotros, los varones, normalmente, creemos que somos muy machos, pero, a veces, nos tropezamos con mujeres que acaban con ese "cliché", te ponen de rodillas y te abusan... Hizo una pausa. Se veía que lo suyo no era fácil de extraerlo de la mente y verbalizarlo. Los demás hicieron un silencio sepulcral. Miró su copa. La recogió. Y la pasó por el frente de todos, como buscando su solidaridad y comprensión. Con mucho trabajo retomó la palabra: Llevo diez años de desdicha. Soy víctima de violencia doméstica, dijo, bajo la mirada atónita de los demás. No sólo que mi mujer me quita todo el dinero que gano, me grita y me golpea, al punto de hacerme sangrar, sino que me hace la vida imposible, protesta por todo, nada la complace, de todo me cela... Hace un mes, me cerró la puerta de la casa que yo mismo compré y, ahora, estoy posando donde un amigo, porque no tengo dónde vivir. No me permite que saque mis cosas, las más personales, como mi pasaporte, mi "green card", -por lo que temo perder mi residencia en los USA-, mis laptops, mi ropa, mis zapatos y, hasta, mi perrito. Para colmo, me dejó sin carro. Se lo llevó, sin prevenirme, del parqueadero del lugar donde trabajo. He tenido que contratar un abogado para poner una denuncia en la Fiscalía especializada en violencia de género, donde, al comienzo, buscaban con la mirada a la "agredida", para tomarle la versión, porque no se imaginaban, -con el cuerpo que tengo-, que el maltratado era yo. Dicho esto, se volvió a sentar. Tan inesperada fue su narración, que nadie osó decir una sola palabra. Lo que comenzó siendo como una broma que le querían jugar a Víctor, al final, resultó siendo una confesión colectiva.

Miguel sacó un cigarrillo y se fue a fumar afuera. Vicente no había dicho nada. Ambos tenían un denominador común. A ellos se les había muerto su mujer el año anterior. Y la pena que sentían era enorme. No estaban en el grupo de los separados o de los divorciados. Su estado civil era “viudo”. Y escuchar a los niños preguntar por sus respectivas mamás, sin respuestas que darles, era infinitamente triste. Los dos habían tenido la dicha de escoger bien a sus esposas y no se habían equivocado... Víctor se quedó como entre dos aguas. No puedo retroceder a estas alturas, reflexionó. Confiaré en mi buena estrella, susurró... Y cada uno partió con su ruleta rusa en la cabeza...

Análisis de las causas y efectos de la violencia que se ejerce contra las mujeres en el ámbito familiar, educativo y laboral; y, medidas de prevención para erradicarlas

Introducción

Antecedentes. De los estudios realizados por expertos en Sociología, se ha llegado a la conclusión de que la violencia contra la mujer es atávica. Recordemos la época de los trogloditas, que vivían en cavernas y arrastraban a las mujeres cogiéndolas por los cabellos. Pinturas rupestres muestran estos comportamientos. Se afirma que, cada persona, al nacer, viene con un código genético que marca su vida en todos sus aspectos, el cual puede ser morigerado por el entorno en el que se desarrolla. En el artículo publicado en el diario ABC de Paraguay, titulado “La Conducta Humana y la Genética”, se afirma que “... El impacto de los genes en el comportamiento constituye siempre un aspecto de discusión en torno al tema de herencia frente a la crianza (o medio ambiente)...”. Y agrega: “... Algunos sostienen que los factores hereditarios determinan de manera decisiva características como la inteligencia, la personalidad, el temperamento. Los partidarios de la supremacía del medio ambiente (o la crianza) afirman que esas características dependen principalmente del medio, el cual abarca, entre otras cosas, las experiencias cotidianas, la educación. Actualmente, ya ningún psicólogo adopta alguna de las dos posiciones de una manera excluyente. Los psicólogos contemporáneos reconocen la influencia, tanto de la genética como del ambiente, en la forma de moldear la conducta humana...”. Lo importante sería establecer hasta qué punto ésta puede ser modificada por el entorno. Al efecto, es interesante conocer la influencia de la herencia en el comportamiento humano. Veamos lo que dice Eduardo Amores, en el estudio publicado en www.slideshare.net, bajo el título “Influencia de los genes en el comportamiento humano”: “... 4. La relación entre herencia y ambiente es un vínculo que van tomados de la mano. El ser humano está predominado desde el momento de su concepción por la herencia; después del parto, el ambiente es un factor muy importante para desenvolver la conducta del ser. Los efectos de la herencia y el ambiente son difíciles de separar; los mecanismos mediante los cuales opera el ambiente no pueden describirse con tanta precisión como los de la herencia. 5. El Ambiente es quien determina el otro 50% del comportamiento y rasgos característicos del ser...” añadiendo luego lo siguiente: “... Podemos concluir que es difícil determinar cuáles son las contribuciones de la herencia y cuáles las de ambiente al comportamiento humano, pero sí se entiende que son ambas quienes determinan al individuo en sí”. Recogiendo esta última frase, significaría que debemos corregir el entorno

de cada sujeto, desde el vientre materno, los centros educativos y, por ende, la sociedad misma, para enfrentar el fenómeno arcaico de la violencia, aquella que se ejerce contra la mujer en el ámbito familiar, educativo y laboral, lo cual nos lleva a definir en qué consiste.

Definición. En la Declaración de Naciones Unidas de 1993, se define a la violencia contra la mujer como “todo acto de violencia de género que resulte, o pueda tener como resultado un daño físico, sexual o psicológico para la mujer; inclusive las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la privada”. Y distingue dos tipos: La violencia de pareja y la violencia sexual.

¿Por qué este tipo de maltrato y de comportamiento causa alarma social? Por el gran número de mujeres que lo sufren, desde pequeñas en sus hogares, y, luego, en los patrones que se repiten cuando conviven con su pareja, en la calle y en los lugares de trabajo. Las cifras son inquietantes, porque, en general, estos hechos se dan en todos los niveles socioeconómicos. Observemos, a continuación, cómo éstas se reflejan a nivel mundial y nacional, sin que podamos admitir que sean reales, porque no todas lo cuentan, y, menos, lo denuncian. El silencio es el mayor cómplice de los autores. Se calla por temor a quien la ejerce, sea en el trabajo, por miedo a perder el empleo; o, en el hogar, porque le pueden quitar sus hijos, o porque teme quedarse sola, sin soporte; o, por el que dirán, o por una esperanza de cambio, o porque cree que todo esto es muy natural y que hay que vivir con ello, porque así lo sufrió con sus padres.

Cifras. A nivel mundial. La Organización Mundial de la Salud, en el estudio publicado en noviembre de 2016 expresa que “La violencia contra la mujer -especialmente la ejercida por su pareja y la violencia sexual- constituye un grave problema de salud pública y una violación de los derechos humanos de las mujeres. Las estimaciones mundiales publicadas por la OMS indican que: Alrededor de 1 de cada 3 (35%) mujeres en el mundo han sufrido violencia física y/o sexual de pareja o violencia sexual por terceros en algún momento de su vida. La mayoría de estos casos son violencia infligida por la pareja. En todo el mundo, casi un tercio (30%) de las mujeres que han tenido una relación de pareja refieren haber sufrido alguna forma de violencia física y/o sexual por parte de su pareja en algún momento de su vida. Un 38% de los asesinatos de mujeres que se producen en el mundo son cometidos por su pareja masculina”.

En Noviembre de 2015, en España, después de que 41 mujeres fallecieron atacadas por sus maridos o concubinos, actuales o ex, se convocó a una marcha contra la violencia machista por parte de 400 asociaciones feministas, a la cual asistieron miles de personas provenientes de distintos lugares del país. Pero, no estuvieron todas, faltaron las heridas, las discapacitadas que no podían moverse, las que no pudieron asistir por cualquier otra causa y muchos millones más de mujeres maltratadas, violentadas, abusadas, masacradas, nada menos que por sus propias parejas.

En ese mismo país, el 69 % que pone en conocimiento de las autoridades su sufrir, se arrepiente. Aseguran que lo hacen por pena o por sus hijos. Esto es comprensible, hasta cierto punto. Poner tras las rejas al padre de sus criaturas y escuchar a éstas preguntar por el agresor debe ser terrible. Al final, las lágrimas infantiles pueden más que el dolor físico y el estigma síquico.

A nivel nacional. Conforme a las estadísticas recogidas por los medios de comunicación, a propósito de la presentación del proyecto de Ley Orgánica para prevenir y erradicar la violencia de género contra las mujeres, que hiciera ante la Asamblea el Presidente de la República, Lcdo. Lenin Moreno, el 24 de Agosto de 2017, “6 de cada 10 mujeres han sido víctimas por lo menos una vez en su vida de algún tipo de violencia; el 53.9% sufre violencia psicológica; el 35.3%, patrimonial; el 25.7%, sexual; el 38%, física; y, cada 3 días muere una mujer víctima de femicidio”: Diario El Universo del 25 de agosto de 2017. Y cada 72 horas una mujer es asesinada en nuestro país. Y ya van 64 las que han sido brutalmente muertas en el año 2018. De ellas, en un 83%, sus victimarios fueron sus parejas y ex parejas. En 4 años, contados desde el 2014 a octubre de 2018, han sido 576. Pero, el drama de las cifras no se detiene ahí. Según información publicada en Diario El Universo, del 15 de Octubre de 2018, el 13% de las víctimas fueron niñas y adolescentes, el 62 % de las mujeres tenían entre 15 y 36 años.

Esta suerte de criminalidad que se comete contra el sexo femenino es mayor, según la citada fuente, en Quitumbe y Durán. Pero, éstas no son las cifras reales, porque no todo se denuncia, como dijimos antes.

Además, no se trata solamente de la violencia física, que luego de los golpes y las heridas llega al femicidio, sino también del maltrato psicológico, que puede ser peor que los azotes. Pero, hay algo más todavía. Y es que los hijos de estas familias disfuncionales, que contemplan diariamente las agresiones que sufren sus progenitoras, de obra y de palabra, no sólo que sufren por lo que ven y

sienten, siendo ellos también maltratados por sus padres, sino que esto va a influir posteriormente en su conducta, porque probablemente repetirán lo vivido. Y más grave aún resulta el hecho de que muchas criaturas se quedan huérfanas, porque su madre les fue arrancada de un solo tajo. Entre enero y noviembre de 2018, se contabilizaron 74 casos. Y, no siendo esto suficiente, muchos de ellos han visto cómo sus madres perdieron la vida de esa forma tan bárbara y cruel.

De acuerdo con la Fiscalía General del Estado, en publicación hecha en su página WEB, al 4 de Febrero de 2018, respecto de los femicidios presenta las cifras siguientes:

Tabla 1. Número de víctimas por femicidio a nivel nacional:

2014	27
2015	55
2016	69
2017	108
2018	7
TOTAL:	266

Nótese el incremento. Tan sólo en 4 años, casi se cuadruplica la cifra.

Tabla 2. Número de casos judicializados según fase pre procesal y procesal

Investigación previa	82
Instrucción fiscal	0
Evaluatoria y preparatoria de juicio	22
Juicio	36
Recurso de apelación	13
Recurso de casación	1
Resueltos	99
TOTAL:	263

Tabla 3. Número de casos judicializados según la resolución de terminación de la causa

<i>Sentencia condenatoria</i>	82
<i>Extinción de la acción penal</i>	4
<i>Sobreseimiento</i>	5
<i>Archivo de la investigación previa</i>	5
<i>Sentencia ratificatoria de inocencia</i>	3
<i>TOTAL:</i>	99

Tabla 4. Relación víctima – victimario

<i>Cónyuge</i>	49
<i>Ex cónyuge</i>	2
<i>Conviviente</i>	92
<i>Ex conviviente</i>	37
<i>Pareja</i>	49
<i>Ex pareja</i>	12
<i>Familiar</i>	4
<i>Otros</i>	14
<i>No identificados</i>	7
<i>TOTAL:</i>	266

En Ecuador, según el INEC, en 2011, 9 de cada 10 divorciadas han sufrido violencia psicológica, física, sexual o patrimonial. El 90% no se ha separado, el 54,9% no piensa hacerlo, el 23,5% lo hizo por un tiempo y luego volvió y el 11,9% piensa dejarlo. El 52,5% no lo hace porque “deben superar las dificultades y mantenerse unidas”, el 46,5% porque “los problemas no son tan graves”, el 40,4% “quiere a su pareja” y el 22% “no se puede sostener económicamente”.

Las cifras son evidentes. Todo es cuestión de educación, donde las mujeres tenemos la última palabra. En la medida en que cesemos de criar y de soportar machos evitaremos el bumerang.

Pero, hasta aquí hemos hecho alusión a lo que piensan y padecen las mujeres y su reacción. Sin embargo, necesario es observar hasta dónde puede llegar el machismo. En Granada, España, un tribunal, -el mismo que exculpó a los violadores del grupo La Manada-, condenó a 5 años de cárcel a una madre por huir y esconderse con sus dos hijos, en vez de entregarlos al padre, a quien acusó de abusos. “Una mujer que huye del terror para proteger a sus hijos no puede ser acusada de secuestro”, dijo, luego de entregarse y permitir que los niños regresen con su padre. Pero, no solo se la privó de libertad, sino que se le conculcaron los derechos de custodia de sus hijos, por 6 años, y fue obligada a pagar una indemnización de US\$ 35.000 a su ex pareja. Este es el drama que vive Juana Riva. Preguntamos: ¿Y las criaturas? ¿Dónde están sus derechos a vivir con su madre? ¿Quién los protege? ¿Nadie? Esto es inaudito. Quienes merecen padecer la prisión, en este caso, son los jueces, por contravenir no sólo las normas impuestas por los hombres, sino las naturales. Todo menor debe permanecer con su progenitora, a menos que ésta sea un peligro para éste.

Esta triste realidad nos lleva a inquirirnos, una vez más, sobre las causas de la violencia intrafamiliar y a determinar cuáles son sus efectos.

Desarrollo y resumen con las propuestas de mejoras

Causas. Hay dos tipos de causas para que se den hechos violentos, los que provienen del atacante y los de la víctima. De acuerdo con el estudio citado de la OMS, entre los factores asociados a un mayor riesgo de cometer actos violentos están: “un bajo nivel de instrucción, el maltrato infantil o haber estado expuesto a escenas de violencia en la familia, el uso nocivo del alcohol, actitudes de aceptación de la violencia y las desigualdades de género” y “Entre los factores asociados a un mayor riesgo de ser víctima de la pareja o de violencia sexual figuran un bajo nivel de instrucción, el hecho de haber estado expuesto a escenas de violencia entre los progenitores, el maltrato durante la infancia, actitudes de aceptación de la violencia y las desigualdades de género”. Agregariamos el “machismo”, ese sentimiento atávico de “superioridad del macho”, que posee a la hembra como si fuera su propiedad privada, bajo amenazas, insultos, humillaciones, el control del centavo, los celos, la infidelidad; y, la sumisión y aceptación, también arcaica, de aquella, cuya dependencia económica la obliga a soportar todo, incluso, sintiéndose culpable, la mayoría de las veces. Culturalmente, el machismo está incrustado en todas las esferas de las sociedades sin distinción alguna. No hay respeto a la mujer ni se valora lo suficiente lo que hace, siendo su remuneración menor que la del varón. Desde hace, aproximadamente, un siglo, se ha perdido la brújula en el hogar. Este, casi, no existe. Hombres y mujeres, que salen muy

temprano a trabajar, y llegan exhaustos a sus casas, tarde en la noche, ¿en qué momento desempeñan su papel de padres? ¿Cuándo se ocupan de sus hijos para enseñarles buenas costumbres, principios y valores? ¿A qué hora se sientan a conversar con ellos, para saber los que les pasa, absolver sus dudas y despejar sus temores? ¿Cómo comparten sus horas de ocio con sus familias? ¿Dejan, acaso, de ver telenovelas o el fútbol para ocuparse de deberes y lecciones? ¿Cuándo les explican los peligros y cómo reaccionar ante ellos? ¿Se han informado sobre el uso de las drogas y lo han transmitido a sus hijos? ¿Ambos progenitores están en casa? ¿Son solo buenos proveedores? ¿Existe violencia intrafamiliar? ¿Les han hecho saber que hay formas creativas y positivas de soñar? ¿Les han dicho que los quieren? ¿Los han besado y abrazado con ternura? ¿O los han abandonado a su suerte?

Efectos. Curiosamente, algunas de las causas se convierten también en efectos. El maltrato provocado por la baja autoestima de la víctima, hace que se agudice, o caiga en el uso de las drogas y del alcohol. Entre las muchas consecuencias se apunta el estrés, los trastornos emocionales y sicosomáticos, miedo a todo, inseguridad, abandono del hogar -cuando se atreve-; el descuido y maltrato a los hijos. La violencia se convierte en un círculo vicioso que atrapa a toda la familia, porque, además, el agresor puede terminar bajo rejas.

Propuestas. Mucho se ha discutido sobre medidas para combatir este flagelo. Sin embargo, no hay una receta única; pero, como en todo problema de salud pública, debemos hablar de prevención. Si bien las leyes se encargan de fijar penas para ciertos delitos relacionados con este tema, no todo puede arreglarse criminalizando conductas, porque estaríamos combatiendo efectos y no causas, ya que nadie consulta las penas antes de cometer el delito. La principal causa, aunque resulte paradójico, está en la mujer y en ella radica su propia respuesta. Alguien dijo alguna vez que macho se escribe con M de mamá. Nosotras criamos y educamos a nuestros hijos, y hacemos los distinguos vistiéndolos de rosado y celeste desde que nacen. Los hombres no deben llorar. A las mujeres incumben las tareas domésticas. Los hombres son fuertes, poderosos y de la calle. Nosotras debemos ser sumisas y obedientes.

El magisterio nacional en su gran mayoría está compuesto por mujeres. De ahí que, siendo la educación la herramienta indispensable para luchar contra cualquier mal, a la primera que tenemos que educar es a la fêmeina, elevando su autoestima, haciéndole conocer sus derechos, enseñándole a defenderse y a no silenciar lo que le ocurre. Recordemos que un gran porcentaje de las mujeres que acuden a las autoridades por agresiones de sus parejas terminan retirando la denuncia.

Conclusiones

A fin de disminuir gradualmente la violencia se debiera considerar:

1. *Que, siendo atávica, es necesario trabajar en mejorar el entorno.*
2. *Que la mujer es el eje de la familia y de la sociedad.*
3. *Que, por tanto, en sus manos está la educación de los hijos.*
4. *Que, al educarla, en todo sentido, arrojará menos machos a la sociedad.*
5. *Que los patrones de conducta se repiten, y, al ir saneándolos, tendremos a mediano y largo plazo una sociedad menos agresiva, violenta y perversa.*
6. *Que, siendo un problema de salud pública, tienen que involucrarse todos los actores sociales.*

Resumo mi pensamiento con un fragmento de este poema de mi autoría:

A TI, MUJER

Hoy quisiera escribir sobre algo que me aprisiona el alma / sobre quien porta un manto cargado de congojas. / A quienes los ojos secaron después de tanto llanto, / a quienes canearon su testa antes de que anochezca. / Mujeres de mi tierra: / No permitas que te hieran, / no dejes que te insulten, / Y, si esto ocurre, / ¡no lo silencias más! / ¡Denúncialo! / Instrúyete, cultívate, y si un hijo llega a beber de tu regazo, / edúcalo con tino, / ¡y hazlo sentir humano, antes que un gran macho!

Bibliografía

Sin nombre del autor (18.03 2005). La conducta humana y la genética. ABC de Paraguay. Recuperado de <http://www.abc.com.py/articulos/la-conducta-humana-y-la-genetica-818559.html>

Eduardo Amores (10.06.2014). Influencia de los genes en el comportamiento humano. Slideshares.net. Recuperado de

<https://slideshare.net/eduardoamores79/influencia-de-los-genes-en-el-comportamiento-humano>

Organización Mundial de la Salud (noviembre de 2016). Violencia contra la mujer. Recuperado de <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs239/es/>

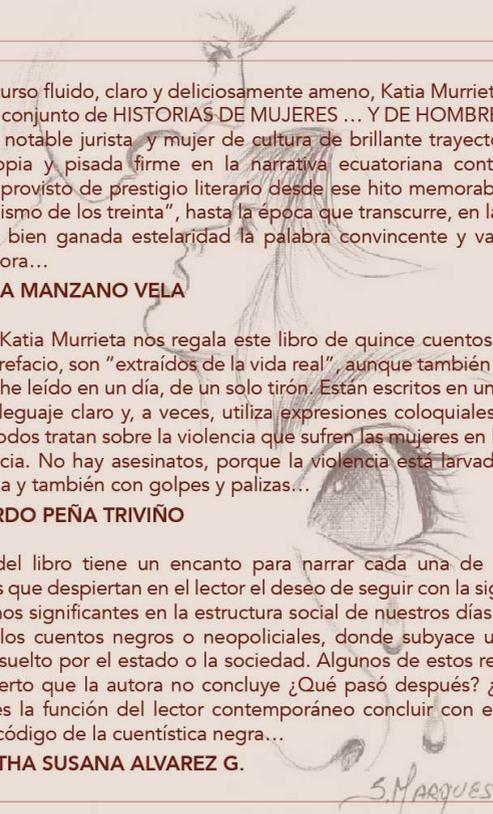
Organizaciones piden que assembleístas aprueben proyecto de presidente. (27.08.2017). Diario el Universo, página 14.

Diario El Universo del 25 de agosto de 2017

Diario El Universo, del 15 de Octubre de 2018

Fiscalía General del Estado, en publicación hecha en su página WEB, al 4 de Febrero de 2018.

***Nota.-** Este trabajo fue presentado por la autora en el II Concurso de ensayos jurídicos para los miembros del Foro de Abogados, desarrollado por la conmemoración del Día Internacional de la Mujer en Noviembre de 2017, habiendo sido premiado con su publicación en la página WEB de la Escuela de la Función Judicial del Consejo de la Judicatura.*



Con un discurso fluido, claro y deliciosamente ameno, Katia Murrieta Wong nos entrega un conjunto de HISTORIAS DE MUJERES ... Y DE HOMBRES, obra con la cual esta notable jurista, y mujer de cultura de brillante trayectoria, ingresa con luz propia y pisada firme en la narrativa ecuatoriana contemporánea, género tan provisto de prestigio literario desde ese hito memorable conocido como "Realismo de los treinta", hasta la época que transcurre, en la que ocupa un sitio de bien ganada estelaridad la palabra convincente y valiente de la mujer escritora...

DRA. SONIA MANZANO VELA

La doctora Katia Murrieta nos regala este libro de quince cuentos que, nos lo dice en el prefacio, son "extraídos de la vida real", aunque también son obra de ficción. Los he leído en un día, de un solo tirón. Están escritos en una prosa fácil y tersa, en lenguaje claro y, a veces, utiliza expresiones coloquiales para mejor entender. Todos tratan sobre la violencia que sufren las mujeres en la vida, pero sin truculencia. No hay asesinatos, porque la violencia está larvada y aparece como sevicia y también con golpes y palizas...

DR. EDUARDO PEÑA TRIVIÑO

La autora del libro tiene un encanto para narrar cada una de las historias interesantes que despiertan en el lector el deseo de seguir con la siguiente. Son reales, hechos significantes en la estructura social de nuestros días. Se podrían encajar en los cuentos negros o neopoliciales, donde subyace un problema social no resuelto por el estado o la sociedad. Algunos de estos relatos tienen un final abierto que la autora no concluye ¿Qué pasó después? ¿Qué sigue? Entonces, es la función del lector contemporáneo concluir con el después... propio del código de la cuentística negra...

DRA. MARTHA SUSANA ALVAREZ G.



Centro
de Investigaciones



 [uees_ec](https://twitter.com/uees_ec)

 [universidadspiritusanto](https://www.facebook.com/universidadspiritusanto)

 www.uees.edu.ec

 Km. 2,5 La Puntilla,
Samborondón

ceninv@uees.edu.ec

Teléfono: (593-4) 283 5630 Ext: 178 - 150